

En mi verso soy libre

Relatos 2008

COORDINA: Raquel Pulido Gómez
ILUSTRA: Juan Pedro Esteban Nicolás



Región de Murcia

Consejería de Educación, Ciencia e Investigación

Secretaría General. Servicio de Publicaciones y Estadística.

© Consejería de Educación, Ciencia e Investigación. Secretaría General
Servicio de Publicaciones y Estadística.

© Textos: Ania García Sanz.
Paula Gordillo
Natacha Hernández Araujo.
Paula Pérez Noguera.
Cecilia-Susana Solé Gil.
Daniel Mendoza Martínez.
Sergio Gómez Derato.
Marina López García.
Sara Alcalde Julián.
Paola Sánchez Font.
Sergio Somoza Cabrera.
Beatriz de la Puente Garrido.
Henry Joao Silva Freire.
Ainhoa Galindo Villaescusa.

Óscar Ruisánchez Fernández.
María José Pereira Arboleda.
Nuria María Montero Torralba.
José Pérez Menéndez.
Carmen Robles Macho.
Ada Soler Llorens.
Marta Lorda Cabos.
Lorena Valverde Montiel.
Ángel Caravaca Sánchez.
Victoria Paredes.
Francisco Mayor Maestre,
José Ballesta Aznar.
Paula Sofía Pérez Martín.
Laura pareja Martos.

© Fotografía de cubierta:

ISBN: 978-84-691-2579-3

Depòsito legal: MU-1.257-2008

Impreso en España - Printed in Spain

Imprime: F.G. Graf, S.L.

fggraf@gmail.com

En mi verso soy libre

Relatos 2008

INDICE

Premiado en la categoría de 6 a 9 años

LA PIEDRA DE LOS TRES DIAMANTES13

Seleccionados en la categoría de 6 a 9 años

EL SUEÑO DE UN LÁPIZ.....18

EL PECECITO ABURRIDO20

LA BRUJA EN CASA.....22

SERÉ ENFERMERA.....24

UN RELATO MARINO.....29

LOS SUEÑOS DE DANIEL32

Y SU FAMILIA32

¿UN COLEGIO O UN PARQUE35

DE ATRACCIONES?35

Premiado en la categoría de 9 a 13 años

UNOS SUEÑOS MUY ESPECIALES38

Seleccionados en la categoría de 9 a 13 años

LOS SUEÑOS QUE SE HACÍAN REALIDAD48

¿SUEÑO, O PESADILLA?	52
UN MUNDO GEOMÉTRICO	57
LA VIDA CAMBIA EN DOS SEGUNDOS	60
QUISIERA SER PILOTO.....	64
EL SECRETO DEL INTERNADO	72
LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON.	81
RELATO UN RATO Y ADEMÁS CONSTRUYO UN “BATOGARA”	84
LA NIÑA DE LOS SUEÑOS FANTÁSTICOS	88
¿SUEÑO O PESADILLA?	92
EL LENGUAJE DE LAURA	96

Premiado en la categoría de 14 a 17 años

PEQUEÑA ALICIA.....	100
---------------------	-----

Seleccionados en la categoría de 14 a 17 años

¡MENOS MAL!	111
UNIDOS POR LA MÚSICA.....	120
MIRAR CON AMOR	125
PREDICCIÓN	127
REALIDAD	137
SUEÑO EN COMÚN	142
EL SUEÑO DE MI VIDA.....	147
MIS SUEÑOS SON MIS MIEDOS.....	157

Es para mí de una gran emoción presentarte este libro que tienes en las manos. Está compuesto por los relatos presentados en el I Certamen Nacional de Relatos “En mi verso soy libre”. Este Certamen, organizado por la Consejería de Educación, Ciencia e Investigación está dirigido al alumnado de las distintas Aulas Hospitalarias de nuestro país. Se trata de un proyecto que trasciende de las actividades de animación a la lectura y la escritura, persiguiendo conseguir que el niño o adolescente hospitalizado consiga utilizar la palabra como refugio y aprenda a disfrutar de la libertad que esta nos regala.

En total se han recibido 118 relatos, de diferentes Aulas Hospitalarias de todo el territorio nacional, que han sido leídos por el jurado, compuesto por expertos en literatura infantil, profesores de Aulas Hospitalarias y representantes de la Consejería de Educación, Ciencia e Investigación de la Región de Murcia.

Este Certamen Nacional de relatos partió de un proyecto de animación a la lectoescritura cuyo objetivo principal era animar a que los alumnos de las distintas Aulas Hospitalarias españolas expresaran sus emociones a través de la escritura. Tras leer esta antología de cuentos, compruebo

que los chicos y chicas no sólo han sabido plasmar sus emociones en los relatos sino que han llegado, quizás sin saberlo, más allá y han logrado emocionar al lector.

Estos cuentos que vais a leer están llenos de magia, humor, ilusión, fantasía... pero también aparecen en ellos el dolor, la tristeza y el miedo. Tan diversos sentimientos se dan la mano entre la realidad y el sueño y conducen al lector a un camino final: el de la esperanza.

Estoy convencido de que este libro, de hoy en adelante, formará parte (junto con fonendoscopios, termómetros, sueros e inyecciones) de ese conjunto de instrumentos que intervienen en la recuperación integral del niño hospitalizado. Porque no hay mejor forma de transmitir fuerza y esperanza a un niño enfermo que las palabras de otro niño que ha pasado por su misma situación. Y si esas palabras acuden a nosotros, en forma de relatos y sueños, mucho mejor.

Juan Ángel España Talón

Secretario Autonómico de Educación
y Formación Profesional.

Premiado
en la categoría
de 6 a 9 años

LA PIEDRA DE LOS TRES DIAMANTES

Ania García Sanz. 9 años.

Aula Hospitalaria del H. Clínico Universitario, Valladolid.

Fue un día agotador, me fui a la cama y soñé que estaba en un bosque encantado, con hadas, gnomos y hasta ninfas; era todo de una gran belleza. Había un hada que se llamaba Siderina, otra llamada Marlén y otra Mary; los gnomos se llamaban Llago, Mongo y Pequeño Ayudante y las ninfas eran Pirita, Elisa y Fincan.

Allí las casas eran pequeñas cabañas en los árboles, pero no había ni muebles ni nada; todo lo hacían con las gigantescas hojas de los árboles y las cazuelas eran cocos vacíos.

Yo había llegado a ese bosque encantado para intentar buscar “la piedra de los tres diamantes”. Me hice amiga de las hadas, de los gnomos y de las ninfas, que decidieron ayudarme en la búsqueda de la piedra mágica.



Les conté que estaba interesada en encontrar esa piedra porque había leído en un libro que tenía poderes mágicos que hacían que quien la consiguiera no tuviera pesadillas nunca y también, según se decía en el libro, dicha piedra estaba escondida en una cueva de este bosque encantado.

Nos pusimos a trabajar. Las hadas, con las hojas de un árbol especial de dibujo, me ayudaron a hacer un mapa del bosque; los gnomos, con sus carboncillos de negro intenso, situaron en el mapa las cuevas más importantes del terreno y las ninfas cogieron polvos mágicos que al echarlos sobre el mapa dejaban ver la marca de “la piedra de los tres diamantes”.

Empezamos a caminar y siguiendo las rutas del mapa llegamos a la cueva indicada. Yo quería entrar directamente a coger la piedra que se veía al fondo de la cueva, envuelta en pétalos de flores, pero mis amigos del bosque me avisaron de que no era tan fácil. En la puerta de la cueva había un monstruo guardián, caprichoso y pedigüeño, a cargo de una bruja malvada, “la Bruja de los malos sueños”, que no quería que ningún niño o niña la cogiera porque quería que siempre tuvieran malos sueños (pesadillas).

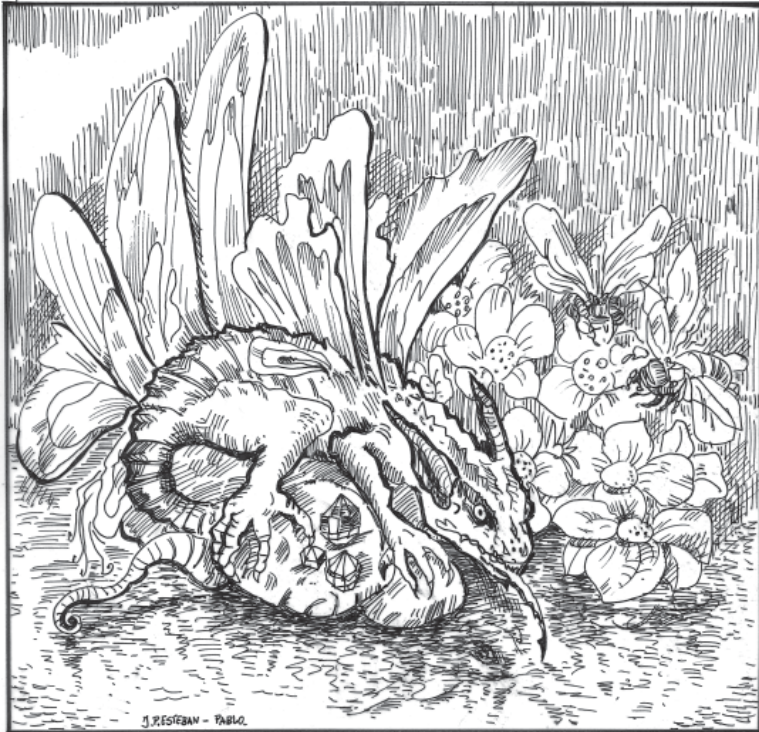
Ocurrió que como el monstruo era tan antojica, se fijó en mi diadema verde fosforito y me la pidió. Yo aproveché para



proponerle el cambio; le daría mi diadema a cambio de “la piedra de los tres diamantes”.

Así fue. Cuando le entregué la diadema, el monstruo la colocó rápidamente en su cabeza y estaba tan ridículo que mis amigos y yo, no podíamos dejar de reírnos y así, contentos y sin parar de reír, volvimos felices por haber conseguido la piedra mágica y saber que ya nunca más tendría pesadillas y podría cada noche dormir feliz teniendo sólo sueños bonitos.

Me despedí de mis amigos para volver a mi casa, les di las gracias por haberme ayudado y ellos me prometieron aparecer en mis buenos sueños.



Seleccionados
en la categoría
de 6 a 9 años

EL SUEÑO DE UN LÁPIZ

Paula Gordillo Collado. 9 años. Aula Hospitalaria
"Santa M^a del Rosell", Cartagena.

Había una vez un lápiz que siempre había tenido un sueño: pintar en color, porque él sólo había podido pintar en gris.

Un día llegó un grupo de rotuladores y le preguntaron:

- ¿Por qué estás triste?

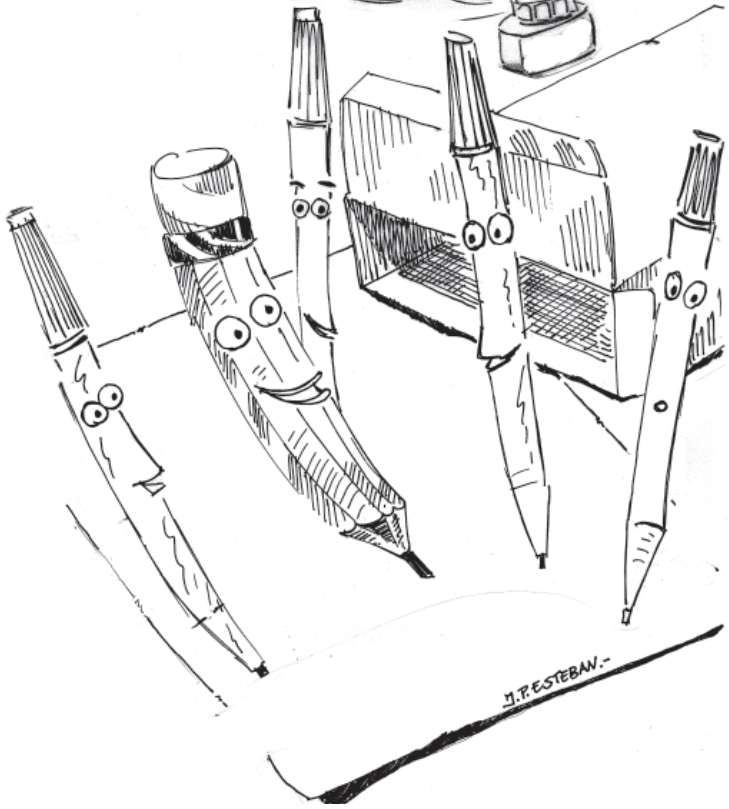
El lápiz respondió:

- Porque yo quiero pintar como vosotros y sólo pinto en gris.

-No te preocupes, tú pondrás el gris y nosotros los demás colores.

Y así, todos juntos, hicieron un dibujo muy bonito y muy colorido y el lápiz fue feliz y cumplió su sueño.



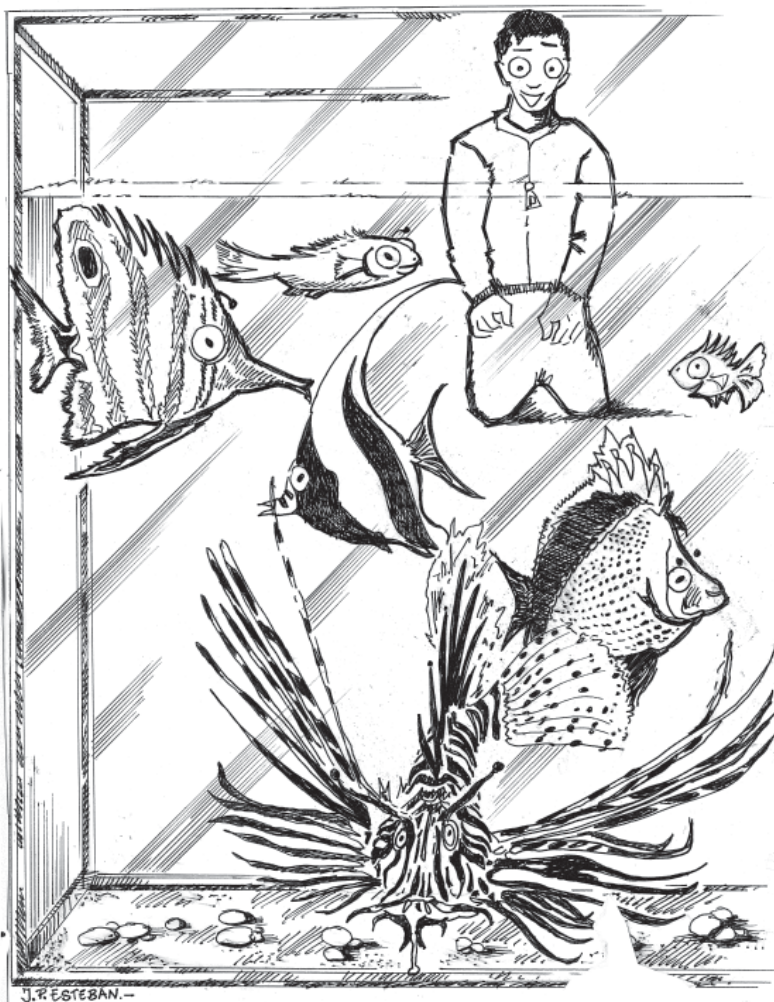


EL PECECITO ABURRIDO

Paula Gordillo Collado. 9 años.
Aula Hospitalaria "Santa M^a del Rosell", Cartagena.

Érase una vez un pez que vivía sólo en una pecera y tenía siempre un sueño: tener muchos amigos, porque sólo tenía un amigo, que era el niño que le daba de comer. El niño se llamaba Pepe y cada vez que miraba al pececito lo veía triste y aburrido. Un día Pepe le trajo cinco pececitos y los echó a la pecera. ¡Ya eran seis peces! El pez nunca más se aburría. Jugaban a muchos juegos y se lo pasaban muy bien. Se divertían mucho. El sueño del pececito se había cumplido.





LA BRUJA EN CASA

Natacha Hernández Araujo. 9 años.
Aula Hospitalaria "Santa M^a del Rosell", Cartagena.

Hace mucho tiempo había una bruja muy mala que se metió en casa de una niña. La niña escuchó un ruido, se levantó y fue a la habitación de su mamá. La mamá le dijo:

- ¿Cómo es el ruido que tú has escuchado?
- Pues se escucha a alguien hablar.
- Eso no es nada- dijo su mamá.

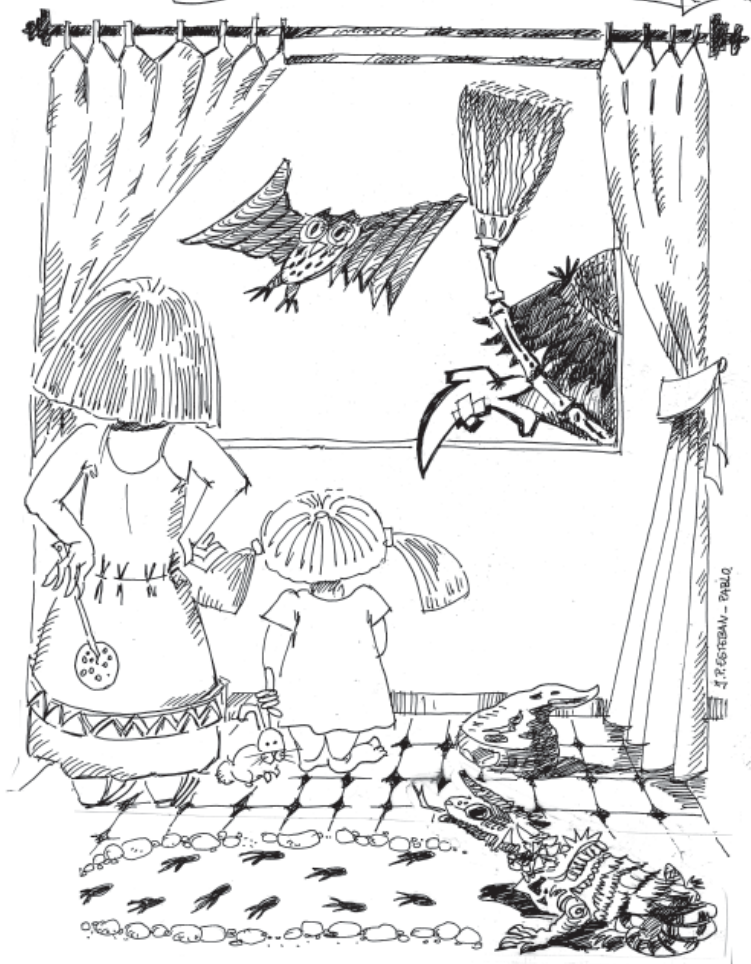
Entonces la niña se lo dijo a su papá y él fue al salón a ver que había y entonces vio a la bruja. El papá creía que era una pesadilla y dijo.

- ¡Una bruja!

La mamá se puso a gritar "aaaaahhhhhh" y la hermana pequeña se puso a llorar. Entonces la bruja se asustó y se fue.



La bruja en casa



SERÉ ENFERMERA

Paula Pérez Noguera. 9 años.
Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca", Murcia.

Hola, me llamo Estrella y tengo nueve años, os voy a contar lo que me pasó...

Era el día 25 de Agosto, estaba en la playa, yo jugaba con mis amigos aunque no me encontraba muy bien, me dolía la barriga pero yo sólo quería seguir jugando. Mis padres después de esperar todo el día y ver que yo no mejoraba, decidieron llevarme al médico, y, como por arte de magia, empezó a llover. Los médicos me reconocieron y dijeron que tenían que sacarme sangre, me puse a llorar y sacaron a mis padres de la sala, pensaron que lloraba porque estaban delante, pero no era así, solo lloraba porque no quería que me pincharan. Después de esperar un buen rato (me dormí en la sala de espera) nos llamaron y nos dijeron que me tenía que quedar ingresada porque había algo raro en mi sangre. Me entró mucho miedo. Me agarré a mi madre y me



puse a llorar, ¡yo no quería quedarme! Esa primera noche dormí abrazada a mi madre, no quería que me dejara sola y tenía miedo de que se fuera. Al día siguiente pasaban médicos y enfermeras por mi habitación y me decían que tenía mucha suerte porque me había tocado la suite, que la llaman así porque tiene vistas. Me llevaron a que me miraran el corazón, la barriga y lo que más me gustó, los ojos, me dilataron las pupilas y mi madre y yo nos reímos un montón, me eché fotos y todo. No recuerdo bien que día fue cuando el médico nos dijo lo que tenía, entró en la habitación y dijo que tenía leucemia, yo no sabía lo que era y me explicaron que era como un bicho en la sangre que se comía todas mis células (sigo sin entenderlo), así que tenía que pasar como mínimo un mes allí, ¡qué horror! Lo peor fue que como era verano sólo estaban las enfermeras, y me decían: 'aquí vienen los payasos y nos hacen reír un montón, ya verás'. Llegaba otra y decía: 'no te creas que te vas librar de estudiar ¿sabes? Que aquí tenemos una maestra'. Pero pasaban los días y yo no veía a nadie. Para colmo me tenía que tomar unos jarabes que estaban malísimos y me pusieron una medicación por la vía que llamaban 'quimio', que me quitaba las ganas de todo, de jugar, de hablar, de comer, y todo el mundo decía: 'come mucho que te pongas fuerte'. Y a mí sólo con oír nombrar la palabra comida me daban náuseas y me enfadaba mucho. Un día me dijeron que me cortase



el pelo por si acaso se me caía. Nunca me ha gustado el pelo largo pero no tener ninguno me gustaba menos. Otro día me dijeron que me tenían que poner un Port-a-Cath, que es como un aparato que me ponen en la arteria principal y así pueden quitarme la vía del brazo que ya me dolía mucho, además de que no podía usarlo. Me daba miedo entrar al quirófano y la psicóloga Sonia le pidió al cirujano que la dejara entrar hasta que me durmiera, y la dejaron , menos mal. Sonia se portó muy bien , tuvo que venir más temprano y todo para poder estar conmigo en el quirófano. Llevar el “porta” está bastante bien, ya no me tienen que pinchar más, todo me lo ponen a través de él, me echan una crema que me duerme la piel y luego me pinchan, pero eso lo pienso ahora, antes me sentía muy triste, no dejaban entrar a nadie y yo quería ver a mis primos, pensaba que se me iba a olvidar la cara de mis primas. Y llegó por fin el día en que llegó la profesora Loli, ese día me levanté muy temprano y estaba nerviosa, tenía ganas de conocerla y que me diera trabajo, esto era tan aburrido... También llegaron los payasos Huevo frito, Bizcocha, Golosino y Tiza, que son graciosísimos y además hacen magia.

Con la seño leemos cuentos, hacemos dibujos, nos manda deberes de mates y lengua y ahora me ha pedido que escriba esto y que cuente mis sueños y, pensando en que escribir, me dormí... y soñé...

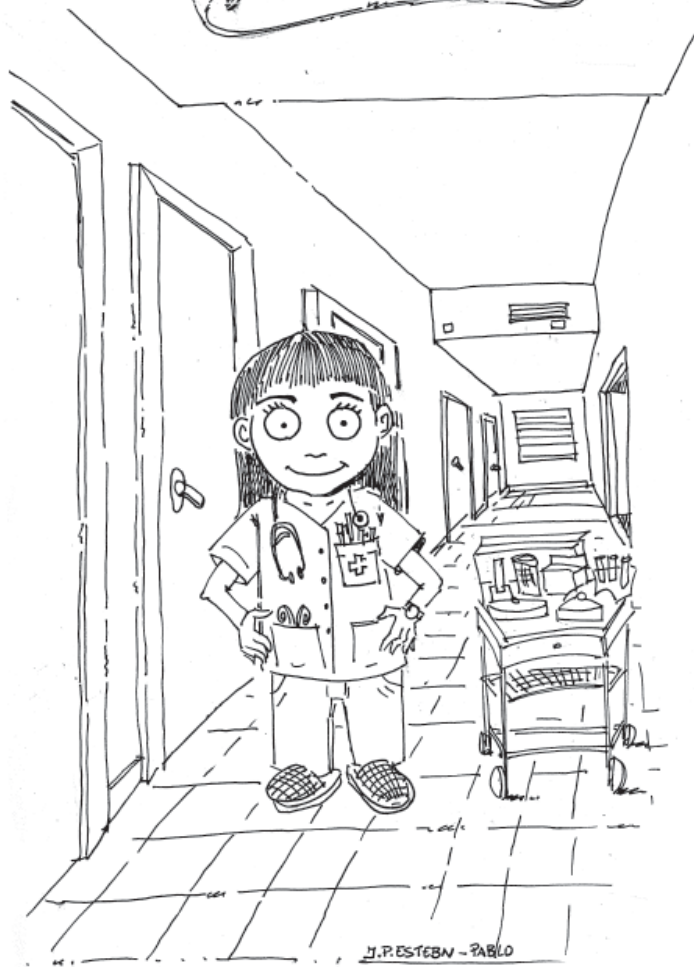


Soñé que me curaba de mi enfermedad, llegaban los médicos y me decían: 'ya puedes irte a tu casa que estás curada del todo'. Y entonces me hacía mayor y estudiaba para ser enfermera, ayudaba a los niños de oncología a curarse de su enfermedad, como me ayudan a mí. Trabajaba con las enfermeras Juani, Reme, Ana... y todas las demás. Y los médicos Fuster, Bermúdez y Llinares me decían: 'enfermera Estrella, vamos a ponerle el tratamiento a Manolo', y así curábamos a todos los niños de oncología. Me sentía muy feliz, y todos los niños me querían.

Cuando desperté, me sentí un poco triste de ver que había sido un sueño, porque sigo estando enferma. Pero ¿sabéis lo que os digo? que no importa, porque aunque no entienda nada sobre mi enfermedad, ni sepa porque me ha tocado a mí, sé que mientras sea fuerte y todos sigan a mi lado... me curaré.



Seré enfermera



UN RELATO MARINO.

Cecilia-Susana Solé Gil. 9 años.

Aula Hospitalaria de la Corporació Parc Taulí de Sabadell.

Una vez, no me acuerdo dónde, pero en alguna parte del mundo, una niñita soñó con ver mar, poder sentir esa cálida brisa acariciando su brillante y larga melena, y los cosquilleos del agua fresca al tocarla.

Aquel día Miranda no paró de suspirar, y es que entonces se dio cuenta de que nunca había visto el mar, y pudiera ser que nunca lo viera. Así que hizo las maletas y comenzó a caminar hacia el mar. Al pasar una semana y media llegó y... ¡Allí estaba la costa! Pero ¿quien la estaba arrastrando con esa brutalidad?

-¡Suéltame bruto!- Exclamó Miranda asustada.

Cuando Miranda despertó estaba en el barco del temible Bababosa cara losa. Asustada preguntó a Bababosa:



-¿Porqué me has traído aquí?

Bababosa contestó así:

-Porqué tú eres la única que conoces el secreto de las golosinas rosadas y quiero que me lo digas ¡pequeñaja!

Os lo explicaré rápidamente: un día Miranda cogió un pote de colorante blanco de su madre y bajó a un quiosco a comprar golosinas rojas. Al salir del quiosco se le derramó colorante sobre las golosinas y quedaron rosas.

Pero ella no quería que nadie lo supiera, así que hizo una cosa, le dijo a Bababosa esto:

-Yo te diré el secreto si tú me contestas bien a tres preguntas, pero si fallas alguna, me iré a casa.

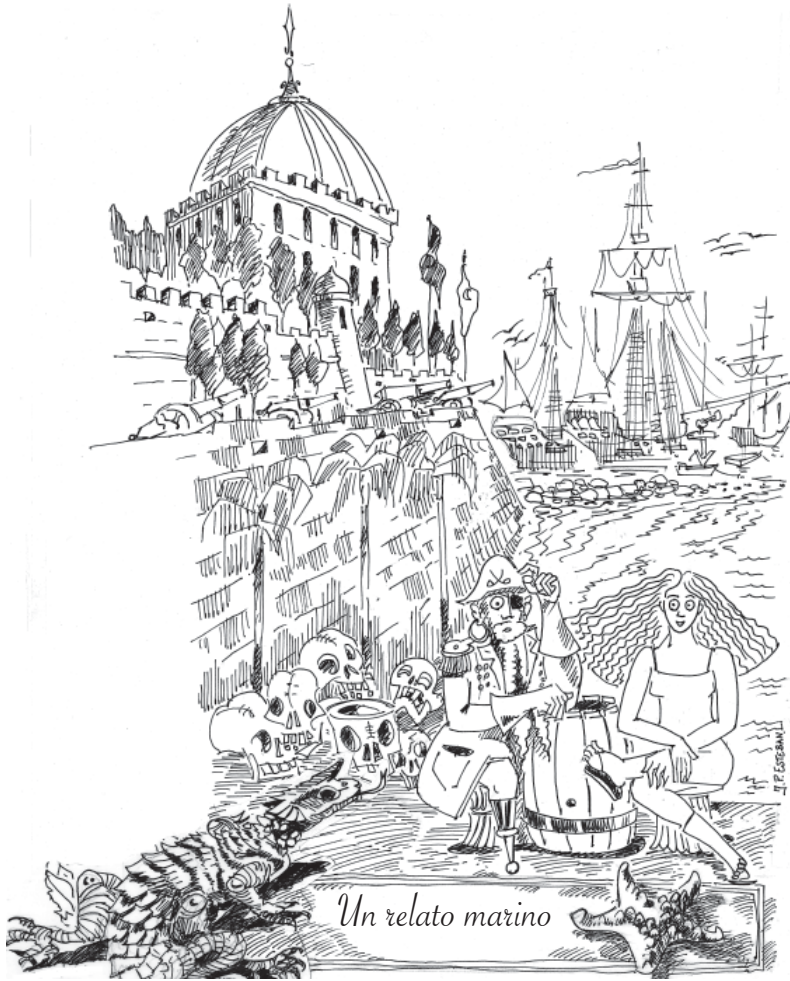
Bababosa aceptó. La primera pregunta fue: '¿Cuánto son 7 y 8?' Bababosa contestó esto: 'Son 78'. Y la respuesta era correcta.

La segunda pregunta era ésta: '¿Qué es una cebra?' Bababosa dijo: 'un animal' y otra vez acertó la pregunta.

Y la última pregunta fue: '¿Cuánto son $5+8+13$?' Y Bababosa no le supo contestar porque los piratas no saben sumar.

Y Miranda volvió a casa con su sueño hecho realidad.





LOS SUEÑOS DE DANIEL Y SU FAMILIA

Daniel Mendoza Martínez. 8 años.
Aula Hospitalaria “Santa M^a del Rosell”, Cartagena.

Daniel y su familia se durmieron en el salón mientras veían una película un poco aburrida. Al poco de estar dormidos empezaron a soñar... ¡eran ositos amorosos que cuidaban enfermos!

Daniel era lila y daba muchos mimos; era el médico de la vista.

Juan Francisco era rojo y era el profesor del hospital.

Mari Carmen era fucsia y preparaba unos guisos exquisitos.

Juan era azul añil y se encargaba de las urgencias.

Miriam era rosa, pero como tenía tres años era decía que era “chocha”, porque no sabía pronunciar la erre. Ella era la enfermera del hospital.



Todos los días venían niños y mayores que estaban tristes y malitos y todos los ositos cuidaban y mimaban a todas las personas para que regresaran a casa contentos, muy felices y buenos.

El rey de los ositos, Papá Martín, les hizo una gran regalo a todos los ositos y enfermos porque era un rey muy generoso. Gracias a él no hubo más enfermedades y reinó la alegría.

Y colorín colorado, espero que te haya gustado y tus penas se hayan curado.

¡Ah!, al final toda la familia despertó con gran alegría porque creían que algún día se cumpliría su sueño.





J. P. ESTEBAN.



¿UN COLEGIO O UN PARQUE DE ATRACCIONES?

Sergio Gómez Derato. 7 años.
Aula Hospitalaria del H. de Fuenlabrada.

Tengo una dermatitis atópica que me ha traído al Hospital cuatro veces desde septiembre hasta junio de 2007.

Voy al colegio del hospital. Me lo paso bien porque trabajo y juego.

Un día, estando en el colegio, noto que el suelo que es de color azul se empieza a mover.

Sube y baja .Se empiezan a formar olas. ¡Qué guay! Empiezo a nadar y nadar.

Me canso. A lo lejos se ve un barco. Cuando está más cerca veo que es el barco que he hecho yo con una radiografía.

Me subo, estoy cansado. Me voy de vacaciones al parque de atracciones. Cuando llegamos el barco grande que hay allí comienza a dispararnos pelotas de plástico.



Las voy recogiendo. Primero me pongo las gafas y se las voy devolviendo con la pistola de plástico que llevo en el barco. Nadie gana. Hemos empatado.

Nos hacemos amigos de los del otro barco y nos vamos a la noria.



Premiado
en la categoría
de 9 a 13 años

UNOS SUEÑOS MUY ESPECIALES

Marina López García.

Aula Hospitalaria “Santa M^a del Rosell”, Cartagena.

Era un día bastante soleado, sin embargo, a Javier todo le parecía gris. Él y su familia tuvieron que mudarse a la antigua casa de sus abuelos, ya que era una herencia y su anterior hogar era demasiado pequeño para todos.

La casa estaba ubicada en un pueblo adentrado en un denso bosque.

Javier estaba muy triste, pues había abandonado a todos sus amigos y tenía que empezar de cero, pero el bosque no tardó en producirle curiosidad: había algo en él que le atraía.

Era viernes, Javier estaba solo en casa, sus padres estaban trabajando. Su padre era albañil y su madre panadera. Su hermana Natalia estaba en el cine con sus nuevos amigos.



Mientras tanto Javier pensaba:

- Estoy solo, nadie me vigila, hace un día precioso, entonces... ¿por qué no ir al bosque? Seguro que paso un rato agradable.

Javier cogió las llaves de su casa, oteó el horizonte y se dirigió al bosque. Era un sitio silencioso pero a la vez lleno de ruidos: el trino de los pájaros, el viento en las hojas de los árboles y otros muchos sonidos. Todo era precioso.

Pero de pronto...

- ¡Cuidado grandullón! ¿Acaso soy basura?

Una voz aguda y chillona procedente de un pequeño ser desconcertó a Javier.

Sin pensar en absoluto que estaba viendo -y a punto de aplastar- a un ser totalmente desconocido para los humanos (una seifa) a Javier sólo se le ocurrió decir:

- Hem... perdón, pero ten en cuenta que un ser tan pequeño como tú no es tan fácil de ver.

- Pues hijo, tienes suerte de que, por una larga historia, yo sea visible, que si no ahora sería papilla. Bueno, el caso de que te haya llamado la atención no era sólo porque me ibas a aplastar. Necesito tu ayuda. Por cierto soy una seifa, por si no lo sabías...





Javier, que estaba asimilando todo esto mucho mejor que lo haría cualquier chico de su edad, se sentó al pie de un roble dispuesto a escuchar toda la historia.

La criatura prosiguió:

- Hace mucho tiempo en este bosque vivían (y siguen viviendo) unos seres llamados álquiros. Son pequeños, recubiertos de mocos y a simple vista son bolas viscosas de color púrpura. Yo era muy pequeña e imprudente y cometí el garrafal error de romper una embarcación álquira mientras navegaba como una loca psicópata descontrolada en el arroyo. Fue sin querer, e hice todo lo que pude por ayudarlo, pero el álquiro murió. De pronto llegaron sus familiares preguntando por él y no tuve más remedio que confesarme culpable de su muerte.

Muy dolidos, los álquiros me castigaron por mi imprudencia, pues iba sin ninguna precaución. Me condenaron a ser visible (ya que así me veo obligada a vivir en la discreción y soledad absoluta, si no quiero que me machaquen) me desterraron de la zona en donde yo vivía y me separaron de mi familia. La única posibilidad que tengo de que todo vuelva a la normalidad es que yo contactara con alguno de tu especie y que me ayudara haciendo lo que yo le dijera. Y eso porque intenté ayudarlo que si no...



- Si te ayudo... ¿recibiré algo a cambio?- Preguntó Javier en plan egoísta.

- ¿Te parece poco la compañía de una seifa? ¿Cuánta gente de tu especie ha conocido a la mía? Además, somos seres de fiar.

- Visto así... - dijo Javier, algo arrepentido de su comportamiento.

- Bueno no importa. Vayamos al grano. Necesito que vayas conmigo al manantial de los étiros. Son gente especialista en conjuros. Y muy espirituales. No te asustes si hacen cosas raras. Tendrás que ser tú a la fuerza quien colabores en el conjuro para que funcione.

Pronto los dos empezaron a sentirse buenos amigos.

- Pero ojo- dijo la seifa- hay un problema, sólo puedo hablar contigo dos veces: ésta y otra.

- ¿Por qué?- Preguntó muy triste Javier, a quien aquella criatura muy parecida a un hada (pero mucho más parlanchina y simpática) le había caído muy bien y no le hacía ninguna gracia tener que decirle adiós a alguien que, por aquel entonces, era lo más parecido a un buen amigo.

- Tranquilo, no te preocupes, podemos seguir en contacto. Después de que vuelva a ser invisible, podré comunicar-



me contigo a través de los sueños. ¡Huy!, tengo que irme.
Ven mañana al mismo sitio y a la misma hora, adiós.

Aquella simpática figura desapareció corriendo grácilmente a través de la maleza.

Javier regresó corriendo a su casa: ¡el tiempo había pasado volando! Aunque cuando llegó, esta todavía vacía.

A la mañana siguiente, justo al despertarse, el chico se vistió, desayunó y se fue corriendo hacia el bosque.

- ¿A dónde vas, hijo?- Preguntó su madre algo extrañada por el comportamiento de Javier.

- Al bosque. ¿No te va a ti tanto el rollo natural?

- Pues... sí- dijo su madre- pero...

- Sí, mamá, adiós- se adelantó a decir Javier dando un portazo.

Llegó al lugar del día anterior y se encontró allí a la seifa.

- ¿Estás listo?- le preguntó ilusionada.

- Sí, lo estoy- respondió.

Mientras charlaban fueron a un manantial precioso en donde se podían ver étiros, seres con forma de humanos pero en pequeño y tapados con túnicas, caminando de aquí para allá.



La seifa habló en un idioma nunca oído por Javier, luego se tiró al agua. Los étiros invitaron a Javier a que recitara unos conjuros bastante complicados de pronunciar y a echar unos polvos de colores en el agua.

- Hasta esta noche, Javier- dijo la seifa, quien de improviso se convirtió en una rosa.

Javier no pudo aguantarse una lágrima, que, al caer por casualidad en el agua se convirtió en un lazo turquesa perfecto para atar en la flor.

El chico entró consternado en su casa pero con muchas ganas de soñar. No siempre contactaba con la seifa pero cuando lo hacía se lo pasaba muy bien con ella. Su momento favorito del día era la noche, el momento idóneo para soñar.

La seifa le enseñaba muchas cosas de su cultura a través de los sueños.

Javier creció y vivió una vida feliz y totalmente normal excepto por las noches, cuando soñaba. Nunca le contó a nadie su secreto aunque más de alguna vez hubiera querido hacerlo.

Hasta que un día Javier ya muy viejo, durmió plácidamente para siempre. La rosa que siempre le acompañaba



a casi todas partes fue depositada con él cumpliéndose así su voluntad. La vida y el tiempo acabaron con la hermosa flor pero el sueño eterno de Javier la mantuvo viva en el recuerdo hasta el fin de los tiempos.

Seleccionados
en la categoría
de 9 a 13 años

LOS SUEÑOS QUE SE HACÍAN REALIDAD

Sara Alcalde Julián. 12 años. Unidad Pedagógica del Hospital Infantil La Fe, Valencia.

Había una vez una niña que se llamaba Sara. Sara pensaba que la vida era aburrida.

Un día pensó “¿y si se cumplieran los sueños...?” Esa noche, en la ventana vio una estrella fugaz y le pidió un deseo: que los sueños se hicieran realidad.

Esa misma noche soñó que su hermano pequeño David, que tenía cinco años, le quitaba a su madre su vestido favorito y se lo ponía mientras cantaba canciones de ópera. El sueño era un poco tonto, pero a ella le resultó bastante gracioso.

Al día siguiente se despertó y vio que su madre estaba buscando su vestido favorito. Sara fue a preguntarle a David si había visto el vestido de su madre. Cuando llegó vio que David estaba encima de la cama con el vestido de su madre cantando ópera, ¿se habría hecho realidad su sueño y se habría cumplido el deseo que le dijo a la estrella fugaz?



A ella le daba igual que su hermano cantara ópera aunque cansaba porque no se callaba en todo el día.

Al día siguiente soñó que llovían animales y que las plantas no paraban de crecer.

Cuando se despertó se asomó por la ventana y vio que todo estaba lleno de animales y plantas. Cuando su padre dijo que había llovido, supo que su sueño se había cumplido y que ahora la gente creía que llovían animales.

Sara se estaba empezando a preocupar por su hermano porque se negaba a quitarse el vestido de su madre y todo lo que decía lo decía cantando ópera.

Esa noche vio otra estrella fugaz y le pidió el deseo de que todo volviera a la normalidad.

En cambio, por la noche, soñó que sus padres perdían la memoria y cuando despertó vio que su padre se había ido desnudo a trabajar y que su madre en vez de bocatas, les había puesto caramelos para almorzar, y supo que el sueño se había cumplido y que habían perdido la memoria. Se dio cuenta de que el deseo que había pedido a la estrella fugaz se había cumplido. No sabía que hacer, a este paso su hermano se quedaría afónico, la ciudad parecería una selva y les saldrían mas caries que dientes de comer caramelos en vez de bocatas.

Sara decidió ir a consultar al científico de la ciudad que se



llamaba doctor Chiflado. Al llegar allí le dijo lo que había sucedido. El doctor Chiflado dijo que había oído un rumor sobre el rey de los deseos, que era un mago que le podría ayudar, pero que tenía que ponerse un invento que él había fabricado para soñar lo que quisieras y así hacer que Sara soñara que iba a visitar al rey de los deseos. Eso fue lo que hizo.

Al día siguiente cuando se despertó vio que había llegado al reino de los sueños, que era donde vivía el rey de los deseos, y estaba fabricado con nubes y estrellas. Sara le dijo al mago que los sueños eran para vivirlos en la mente y no en la vida real porque si un día soñaba, sin querer, que había una guerra, sería un desastre. Sara se arrepentía de haber pedido ese deseo, pero ¿por qué no funcionó cuando se lo pidió a la segunda estrella? El mago le contestó que hay mucha gente que le pide deseos, sobre todo en los cumpleaños, y como la mitad no se cumplen, a él se le ocurrió inventar los sueños para que los niños vivieran las aventuras en su mente cuando estuvieran durmiendo. Pero también hay una parte negativa, cuando estás triste o te portas mal, la mitad de las veces tienes pesadillas.

El mago también deseaba que todo volviera a la normalidad y ese deseo sí que se cumplió.

Desde entonces la vida a Sara ya no le ha vuelto a parecer aburrida, porque siempre se puede divertir en sus sueños.



¿SUEÑO, O PESADILLA?

Paola Sánchez Font.
Aula Hospitalaria "Reina Sofía", Murcia.

A mí me ha gustado muchísimo soñar, siempre con lo mismo. Lo que nunca podía haber imaginado es que ese sueño se me pudiera convertir en una pesadilla de la que ahora me está costando mucho salir.

Desde muy pequeña soñaba con estar delgada y que nadie se volviera a reír de mí por mi aspecto físico, y que fuera como fuese me aceptaran tal y como era. En el colegio, fue lo peor, soñaba con estar delgada como todas mis compañeras de clase, pero por mucho que hiciera, nunca lograba estar como ellas.

Yo, tampoco pedía mucho, solo estar así para que no me amargasen, como solían hacer. Era una niña a la que le afectaba mucho lo que decía la gente, por eso siempre estaba tan triste, porque mis compañeras y compañeros decían: que si estaba muy 'gorda', que si no podía salir con



ellas porque era la típica 'gordita' y muchas cosas más que ahora no voy a contar .

Hasta entonces me lo había callado todo y me aguantaba todo lo que me decían. Pero la pesadilla de la que ahora no puedo salir, iba a comenzar dentro de muy poco. Todo pasó al segundo año de estar de estar en el instituto; los chicos, que ya me estaban empezando a interesar, me llamaban gorda una y otra vez. Aunque mis nuevas amigas me decían que no les hiciera caso, yo le daba muchísima importancia.

Un día llegué a mi casa y le dije a mi madre que yo no quería seguir así, que no soportaba que me volvieran a decir gorda. Así que mi madre me llevo a un dietista que me controlaba la comida y el peso. Yo, me lo tomé demasiado en serio y poco a poco fui quitándome más y más alimentos, y también a adelgazar demasiado rápido. Estaba supercontenta de ver que cada vez iba cumpliendo, poco a poco, el sueño de toda mi vida. En el instituto, los chicos me decían que así, más delgada, estaba muchísimo mejor y mis amigas al verme feliz, pues también lo estaban. Pasaron los meses y cada vez estaba más obsesionada con la comida.

Mi madre se empezó a preocupar, al igual que mis amigas y hasta mis profesores... pero a mí me daba igual todo, lo único



que pensaba era en esta obsesión, no podía parar. Cada vez tenía más problemas, me veía más gorda y comía menos.

Un día llegué a casa, me encontré a mi madre llorando, le pregunté que le pasaba y me dijo que mi profesora había hablado muy seriamente con ella. Le dijo que yo ya no estaba atenta en las clases, que me encontraba muy mal, me encontraba enferma. Le respondí que eso no era verdad y que a mí no me pasaba nada. Al día siguiente me llevó al médico y me diagnosticó: ANOREXIA NERVIOSA. Cuando me lo comentó no me lo creía, seguía en mi misma obsesión y no queriendo reconocer la realidad.

En el instituto, todas mis amigas y mis profesores estaban pendientes de mí para que comiera y yo seguía con las mismas. Hasta los chicos me decían que tan delgada estaba fea, pero a mí me daba igual, me daba todo igual.

El verano lo pasé fatal, ya no comía nada y además hacía mucho ejercicio y mi vida giraba en torno a la comida.

Hasta que una mañana llegué al hospital. El médico me dijo que me iba a ingresar y a mí se me cayó el mundo encima, no me lo podía creer. Pensaba que esto era una pesadilla. Y es cierto, ahora estoy encerrada en un hospital desde hace dos meses, mientras que toda la demás gente está por ahí pasándose muy bien.





Ahora me doy cuenta de que los sueños se pueden llegar a convertir en pesadillas de las que es muy difícil salir. Con esto quiero decirle a la gente que lleve cuidado con los sueños, que no siempre acaban como uno imagina.



UN MUNDO GEOMÉTRICO

Sergio Somoza Cabrera. 11 años.
Aula Hospitalaria del H. Clínico de Valladolid.

Una vez estaba viendo la televisión cuando me quedé dormido y caí en un sueño profundo.

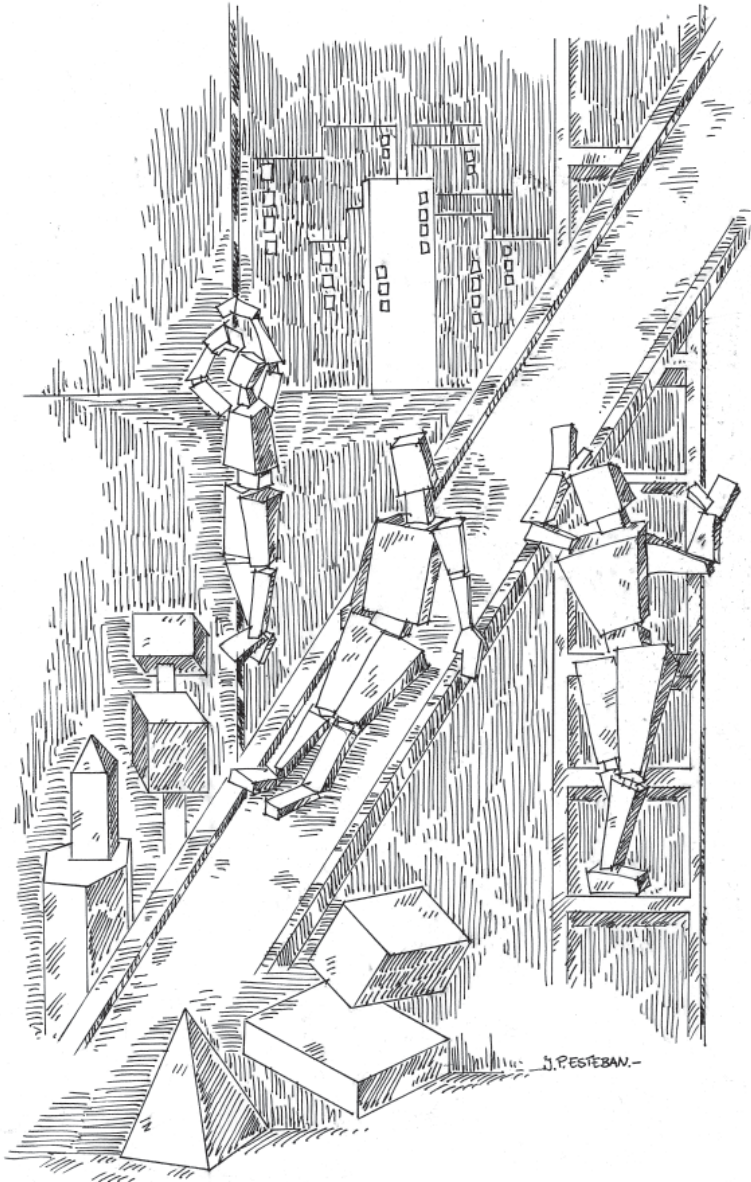
Era un sueño muy extraño. Ocurrió en el mundo, pero un mundo geométrico.

Todo era geométrico y todos los hombres y mujeres se llamaban como los cuerpos Geométricos. Yo también era geométrico y muy, pero que muy raro: el pelo, las cejas, los ojos, todo, todo era geométrico. Lo que más me impresionó fue cómo nos servían y tomábamos los zumos, la cerveza y el mosto en los vasos, porque todo el líquido caía en línea recta.

Empezó el invierno, la nieve caía en forma de tetraedros blancos. Todo era fantástico.

Un día fui al parque con mis amigos y estábamos pasán-





dolo estupendamente jugando en los columpios y bajando y subiendo por laberintos de toboganes geométricos, hasta que de repente apareció un villano muy enfurecido que lo destruyó todo y nos echó fuera de allí. Nosotros nos asustamos un poco y no sabíamos qué hacer.

El villano se parecía a mi hermano y después de mirarlo bien, me di cuenta de que era él, el auténtico villano llamado Antigeométrico, porque le tenía manía al mundo geométrico; sólo le gustaba lo esférico y quería regresar a su mundo redondo.

Noté que me tocaban en el hombro y era mi hermano que me despertaba porque él también se levantaba de la siesta, y ¡claro! por eso lo veía en mi sueño... y ese mundo especial ya no lo volví a ver más, el mundo geométrico desapareció y se escondió en mi libro de matemáticas donde no reñían los cuerpos de líneas rectas con los esféricos.

Yo, junto con mi hermano seguí viviendo en un mundo normal.

LA VIDA CAMBIA EN DOS SEGUNDOS

Beatriz de la Puente Garrido. 11 años.
Aula Hospitalaria "Ramón y Cajal", Madrid.

Me hallaba en una cocina con frutero, lavaplatos, nevera, batidora, microondas...

Miré a mi alrededor y comencé a buscar cosas, pistas, algo que me explicara cómo había llegado hasta esa cocina puesto que no era la mía.

Me pareció oír sonidos festivos como tambores, pitidos...

Me fijé mejor en el suelo y encontré un notable desfile de frutas.

Lo encabezaban unas fresas seguidas de unos plátanos y bananas. Detrás iban las peras, después las naranjas y mandarinas, luego las manzanas y el que cerraba el desfile era un gran bol con macedonia.

De repente sentí que algo gélido me absorbía y me lle-





vaba a otro lugar. Me giré aturdida pues un horrible ruido llevaba molestándome todo el día.

Me fijé mejor en unos matorrales pero no hallé resultado a mi duda.

El ruido era continuo y agudo, provenía de la nada, se emitía desde muy cerca pero el emisor no se dejaba ver.

Continué mi camino y divisé una luz relampagueante.

El pitido empezó a hacerme daño en los oídos, me los tapé pero no podía aguantarlo y eché a correr hacia la extraña luz.

Cuando llegué a su lado retrocedí asustada. El objeto que tenía ante mí era una espada, una espada blanca. De ella manaba una luz relampagueante y pronto comenzó a manar agua cristalina y reluciente.

Me di cuenta entonces de que el pitido había cesado hacía tiempo.

Volví a sentir la gélida absorción que me trasladó hasta mi cama donde todo se movía continuamente. Mi habitación giraba y giraba sobre su propio eje y ese eje era yo.

De vez en cuando una figura salía de la pared. Figuras como el frutero de enfrente, el vecino de al lado o la ver-



dulera.

Deseé con todas mis fuerzas que el frío sentimiento me volviera a absorber y, casi sin darme cuenta de dónde estaba ni de lo que había pasado, ni de lo que estaba haciendo, me vi recostada en mi cama. Todo había sido un sueño...



QUISIERA SER PILOTO

Henry Joao Silva Freire. 12 años.
Aula Hospitalaria “Virgen de la Arrixaca”, Murcia.

Bueno, les voy a contar unos sueños que son como una historia, pero son la verdad de lo que estoy pasando minuto a minuto, día a día, mes a mes, año tras año...

Me llamo Henry Joao Silva Freire y soy del Ecuador. Desde la temprana edad de cuatro años sufro de una enfermedad que se llama Leucemia Linfoblástica aguda. Ya cuando estuve en el PRE KINDER, un día en clase me sentí muy cansado y no quería salir a jugar con mis compañeros, me dio fiebre y mi maestra llamó a mi madre para que viniese por mí.

En la tarde me llevaron donde un pediatra a la ciudad de Ambato. Él me revisó y mandó a realizar unos exámenes de sangre, orina y heces. Al otro día fuimos otra vez donde el doctor y me acuerdo que mis padres lloraban. Él nos dio una recomendación para que se la entregásemos al doctor de la Cruz Roja en Quito, que se llama Juan Sgirma. Con él seguí un tratamiento de cinco años. Yo seguí creciendo y



me enteraba por medio de mis padres sobre la enfermedad que tengo, ya que es un cáncer en la sangre. He dialogado mucho con los psicólogos, maestros y otros, y he preguntado muchas cosas sobre mi enfermedad, acerca de lo que me puede pasar. Junto a mí estaban muchos amigos. Nos encontrábamos en la quimioterapia pero poco a poco se han ido muriendo, lo que para mí es muy triste y me pongo a pensar mucho en esto, pero al mismo tiempo se que ellos son unos angelitos que están junto a papito Dios y ya no sufren más, están en un lugar muy bello. Durante cinco años estuve en la etapa de remisión y ya no recibía muchas quicios, solo tomaba pastillas diariamente. Me encontraba bien de salud, iba una sola vez al mes y todos decían que estaba ya bien. Me acuerdo mucho de la licenciada Lupe Ruiz, que es una enfermera buena con todos los niños, ella nos cogía las vías muy suavemente, sabía preguntar a todos: '¿no les duele nada?, ¿te encuentras bien?, avísame cualquier cosa...' También he comprobado que algunos padres no tenían dinero para comprar el medicamento, ya que en mi país es muy costoso, por eso algunos se retiran del tratamiento. A mi madre le ayudaba una fundación que se llama POR UNA VIDA. Ellos me ayudaban mucho. Mi hermana, mis tías y tíos y otras personas ajenas realizaban fiestas por la Navidad. El día del Niño nos regalaban juguetes, ropa, caramelos, nos daban comida, había payasos



que nos alegraban mucho. Pero un día me dolía todo el cuerpo, tenía fiebre, no podía caminar y el doctor me realizó un aspirado medular y dijo que la enfermedad había regresado. Yo ya tenía nueve años, lloraba y decía '¿por qué me pasa esto, Diosito?'. El doctor dijo: 'hijo vamos a comenzar de cero'. Realicé la radioterapia en la Clínica Pichincha durante veintiocho días y ahí por primera vez en los cinco años de enfermedad se me cayó el pelo. Todo lo que me pasa parece un sueño, yo le preguntaba a mi madre qué me esta pasando, que me diga la verdad ya que yo sé qué tengo. En el mes de agosto del 2006 después de salir de vacaciones del cole, un día me desperté para ir al aseo y no pude andar, pues no sentía las piernas. Me comenzaron a doler mucho los huesos y lloraba. Mi padre me fregaba las piernas con una pomada para ver si me pasaba el dolor, pero era imposible ya que comenzaron a darme fiebres altas. El dolor era más intenso. A las tres de la mañana me llevaron a Quito, al hospital Vaca Ortiz, mi padre entraba conmigo en sus brazos. Como un ángel asomó la Dra. María Barba y dijo: '¿qué paso con Henry?' y recuerdo muy claro que dijo: 'pásame un dramal para inyectar', el dolor me iba pasando poco a poco ,luego bajó al piso de hematología y comentó lo que estaba pasando y ella dijo: vayan donde Dr. Juan Antonio y mis padres le dijeron: 'queremos ponerle en sus manos para que usted siga el tratamiento'. Ella mani-



festó: 'que traiga el visto bueno para poderle recibir en el hospital'. Lo llevamos por escrito y nos quedamos con ella. El dolor y la fiebre seguían y ella dijo: 'mañana le haremos un aspirado medular, ya que dudo mucho'. Lo realizó y después de tres días me dio el resultado y dijo: 'lo lamento mucho, el niño tiene otra recaída' Yo me encontraba muy mal. Un día, toda mi familia estaba a mi lado, ya me encontrada aislado de todos los niños del piso, llevaba oxígeno por algunos días. La Doctora había dicho a mis padres que estaba en una crisis mala. Mis familiares habían dicho que me quitaran el oxígeno para que descansara en paz, que ya no querían verme sufrir. Entre sueños me acuerdo que a mi lado estaba un doctor muy joven que decía: 'vamos, respira campeón, otra, sigue...' Él me ayudó a salir de esa crisis y después de un par de horas caminé y todos en el hospital estaban asombrados de mí, ya que soy como los soldados que luchan por su vida.

Del hospital tengo muchos recuerdos. Yo ya no tenía venas, a cada rato me cogían sangre ya sea en los pies, brazos, manos, dedos... En el pie me salió un absceso. No podía caminar, había momentos en que ya estaba cansado de todo, ya no quería curarme, le decía a mi madre que me llevara a la casa y solo pidiera calmantes para el dolor. Ella lloraba y decía que no, en mi país no ponen a los niños el Port-a-Cath. Sólo lo realizan por medio de la vena. Había



enfermeras muy buenas que nos daban valor para seguir adelante como Noemí, Blanca, Raquel y otras. La Dra. Lorena y María eran muy caritativas y humanitarias, ellas consideraban mucho a mi madre, la ayudaban en todo lo que estaba a su alcance. Siempre las recuerdo.

Un día en la televisión vi un programa en el que ayudaban a los niños a irse a España a los trasplantes de médula ósea. Anoté todos los teléfonos y llamé, y me dieron la dirección donde quedaba sitio. El martes a primera hora estaba en la ciudad de Guayaquil, en la consulta de la lcda. Narcisa Pin y ella me mandó a SOLCA (Sociedad de Lucha contra el Cáncer del Ecuador) a que hablara con la doctora Doris Calle, ya que ella era la pionera de esta fundación. Hablé con ella y dijo que sí, que me iba a ayudar. Me entregó unos papeles para que rellenara toda la historia clínica y que los volviera a entregar cuando estuvieran completos.

Gracias a Dios (ya que Él nunca me deja y está junto a mí en todos los momentos) y al Dr. Antonio López, salí de mi país el 29 de mayo junto con mi madre. La despedida en el aeropuerto era lo más triste de mi vida, al despedirme de mi padre (ya que se quedó solo), de mis abuelitos, amigos, compañeros, profesores y toda mi familia. Era la primera vez que nos separábamos de mi papi. Cuando nos subimos al avión, mi madre dijo: 'DIOS MÍO, ASÍ COMO



ME VOY CON MI HIJO, TENGO QUE REGRESAR CON ÉL' La sensación del avión al principio era fea, luego ya nos íbamos tranquilizando, y aunque teníamos el corazón destrozado, al mismo tiempo pensábamos que me iba donde unos doctores buenos, que sabíamos que me iban a curar, ya que en mi país era imposible.

El 6 de junio me encontré otra vez mal y me interné en el hospital gracias a la Lda. Carmen María, ya que es otra persona de la fundación. En el Hospital conocí por primera vez al Dr. José Luís Fuster, quien me dijo que tenía una parálisis facial izquierda. Al otro día realizó una punción y me dijo que tenía una recaída del sistema nervioso central. Estaba interno por cuarenta y cinco días en manos de los doctores José Luís Fuster , Noemí Llenares y Mar Bermúdez, pero gracias a Dios y a ellos, me encuentro bien, me tratan igual que a los otros niños, siento que me quieren, cuando me ven me abrazan, me besan, que para mí es un halago. Les tengo mucha confianza y rezo pidiendo que les dé más sabiduría y entendimiento para que traten a todos los niños de esto. Los días que estoy ingresado vienen unos payasos muy graciosos que nos hacen reír. También conozco a la maestra Loli, que nos manda deberes para no olvidarnos de las sumas, restas y multiplicaciones y es una persona muy buena. También por las tardes vienen unas voluntarias para hacer unos trabajos y entretenernos para



olvidarnos de la enfermedad. Todas las enfermeras que están conmigo son muy buenas y nos cuidan bien. Lo último que pido, mi Dios, es irme a Barcelona al transplante para sanarme y regresar a mi país, ya que allá, gracias a mis padres y algunas personas, formé una fundación de ayuda a los enfermos. En estos momentos están a cargo mi padre y la directiva, ya que lo van hacer jurídicamente. También entrego ropa cada año por la Navidad en los Páramos a los niños. Un día antes de venir entregué al Divino Niño para que repose en el Campo Santo a mi nombre. Desde que me dio esta enfermedad mi vida ha cambiado, más me aferré a Dios y tengo mucha fe. Sé que sí me voy a curar para de grande ser un piloto: ese es el sueño de mi vida y si me pasa algo, yo, desde el alto cielo cuidaré a mis padres, ya que ellos hacen todo por mí. Mi madre es la que pasa más tiempo conmigo, en las noches la miro y me da pena verle descansar en un sofá, que es la cama para ella. Cada noche le rezo a mi Dios y le digo que soy un niño, un ángel en la tierra, y que ya me sane... y tengo mucha fe de que voy a salir adelante.





EL SECRETO DEL INTERNADO

Ainhoa Galindo Villaescusa. 14 años.
Aula Hospitalaria "Santa M^a del Rosell", Cartagena.

Sara es una chica de trece años. Nació en Los Ángeles, California. Sara está estudiando en un internado desde los ocho años y aún sigue buscando el secreto que éste esconde. Desde que Sara vive en el internado han pasado cosas muy raras y quiere saber por qué pasan.

Era una noche lluviosa, Sara estaba estudiando en su habitación, pero aún así, no podía concentrarse por culpa de los truenos. Pero oyó algo que no parecía un trueno, era una especie de pasos y ruidos raros en el jardín.

Sara se asomó a la ventana pero no veía nada, era como si hubiera alguien invisible. Oía las puertas viejas chirriar, abrirse y cerrarse pero a pesar del viento que hacía, ella estaba convencida de que no era el viento lo que movía las puertas, sino alguien. Se levantó corriendo de la cama en la que estaba estudiando y llamó a Rebeca.

Rebeca era su hermana y compañera de habitación. Re-



beca también tenía trece años pero a pesar de que eran gemelas no se parecían en nada.

En aquel momento Rebeca se levantó y fue corriendo con dos velas a la ventana, las encendió y contempló lo que ocurría en el jardín.

-Yo no veo nada- dijo Rebeca.

Sara le contestó:

-Fíjate bien, las puertas se abren y se cierran como si alguien las moviera. Pero estoy segura de que el viento no es y allí abajo hay alguien extraño. Además se oyen ruidos raros.

Rebeca la miró y le dijo:

-Tienes toda la razón, pero... ¿qué puede haber ahí abajo?

En ese momento oyeron una voz que les decía:

-¡CHICAS, COMO NO OS ACOSTÉIS YA, ME VOY A ENFADAR!

Era Maddie, su profesora de Ciencias Naturales.

Se acostaron y se concentraron en poder conciliar el sueño, porque era difícil con el ruido de la lluvia y los ruidos raros, pero al final consiguieron dormir.

Al día siguiente, Violeta las llamó para desayunar.

Violeta era una compañera de internado de las chicas. Tenía también trece años y era rubia con los ojos verdes.

Bajando por las escaleras Sara le dijo a su hermana:

-Rebeca, yo voy a descubrir el secreto del internado.

-¿De qué secreto estás hablando?- le preguntó Rebeca.

-Rebeca, están pasando cosas muy raras y voy a descubrir lo que pasa y por qué, así que desde ahora voy a buscar los misterios ocultos.

Rebeca pensaba que se estaba volviendo loca por creer que debería ayudar a su hermana, pero no, quería ayudarla, al fin y al cabo era su hermana.

Esa misma noche, cuando todos dormían, las dos hermanas se pasearon por el internado buscando pistas y secretos. Hacía frío y la lluvia era cada vez más fuerte y ruidosa.

Violeta no podía dormir, y se levantó a beber un vaso de agua.

Caminando por un pasillo se encontró con las hermanas y les preguntó:



- ¿Qué hacéis vosotras por aquí a estas horas?

- Violeta, hace tiempo que hemos notado que están pasando cosas muy raras y estamos buscando pistas para descubrir qué es lo que está pasando- le explicó Rebeca.

- ¡Vaya! Sí que os ha dado fuerte con lo del misterio - dijo entre risas Violeta-.

En aquel momento una brisa suave abrió una ventana y a Rebeca le dio un escalofrío que la impulsó hacia un mecanismo que abrió un túnel.

- ¡Vaya!- dijeron sorprendidas las chicas.

- No sé vosotras, pero yo estoy empezando a tener miedo- dijo asustada Violeta.

Tras esa pared había un túnel oscuro y misterioso, pero las chicas se atrevieron a entrar.

Sara llevaba dos candelabros y Rebeca dos velas, mientras que Violeta iba con un encendedor por si se apagaban las velas y el vaso de agua que había cogido de la cocina.

Llegaron a un lugar donde había tumbas, muchos ramos de flores y cruces. Miraron las tumbas y vieron que esas personas habían muerto a partir de 1850.





Pero lo que no comprendían era por qué las flores no se habían secado después de todos esos años.

-Este lugar es tenebroso- dijo Sara.

-Será mejor que nos vayamos- dijo Rebeca.

-Sí, está empezando a amanecer y si no nos ven, se van a preocupar- susurró Violeta.

Las tres chicas encontraron la salida pero a Sara hubo algo que le llamó la atención. En un lateral de una tumba había una especie de pergamino, como un mapa. Sara quería cogerlo pero tenía que irse y no le dio tiempo.

Cuando consiguieron salir del túnel fueron al comedor a desayunar y la profesora Maddie les dijo:

-¿Chicas, habéis dormido esta noche?

Sara, para que no se enterara nadie de lo que tramaban, dijo:

-Estupendamente, lo que pasa es que nos desvelábamos por el ruido de los truenos y nos costaba luego conciliar el sueño.

Rebeca y Violeta suspiraron aliviadas.

Cuando terminaron de comer estuvieron hablando de lo ocurrido y Sara sacó el tema del mapa que vio junto a la

tumba y Rebeca propuso que deberían volver por el mapa y así ver que se escondía tras éste.

Violeta pensó que si iban a por el mapa, precisamente, descifrarían el secreto del internado y podrían estar tranquilas y saber por qué pasaban todas esas cosas raras.

Pero... tal vez no descansarían en paz, porque si descubrían lo que estaba pasando, a lo mejor los espíritus no las dejarían en paz por haber sacado a la luz el secreto del lugar donde vivían.

Entonces no sabían qué hacer, si volver a por el mapa o estar toda la vida sin saber por qué tienen miedo por las noches y no pueden dormir pensando que hay alguien invisible y que las molesta todos los días.

A la noche siguiente estuvieron pensando aquello de volver por el mapa, y volvieron, pero... algo sucedió.

¿Por qué ahora en vez de un mapa había dos?

Sara tenía miedo y le dio los mapas a su hermana para que los leyera ella y Rebeca empezó a leer.

En el primero salía una especie de plano señalando un lugar y en el segundo ponía:

‘¡SI YA HAS VISTO EL MAPA DATE CUENTA DE QUE UNA DE TUS AMIGAS DESAPARECERÁ!’



Rebeca miró hacía atrás y se dio cuenta de que Violeta no estaba.

Sara y Rebeca fueron al punto marcado con una cruz que salía en el mapa y vieron una tumba donde ponía:

‘VIOLETA PÉREZ, MURIÓ EL 2 DE NOVIEMBRE DE 2007. CON 13 AÑOS’

Sara miró a su hermana y le preguntó:

- ¿Qué día es hoy, Rebeca?

- 2 de noviembre- le contestó su hermana asustada.

-¿El día dos no es el día de los muertos?- preguntó Sara.

- Sí, Sara- Dijo Rebeca.

Las dos hermanas salieron corriendo, gritando asustadísimas y fueron hacia su habitación y se acostaron. Sara dijo:

-Rebeca, pensemos que todo esto no ha pasado y olvidemos todo lo que ha ocurrido.

Pero... a la mañana siguiente Maddie las levantó para desayunar y les dijo:

-¡Chicas habéis tenido una pesadilla muy rara! No parabais de gritar y estabais asustadísimas.

Entonces, fue en ese momento en el que estuvieron tranquilas, porque sabían que todo lo que había pasado no era verdad, había sido solo un sueño.

Pero... ¿por qué su amiga Violeta estaba muerta?



LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON.

Óscar Ruisánchez Fernández. 11 años.
Aula Hospitalaria de Cabueñes.

Hay dos clases de sueños: el sueño de cuando dormimos y el sueño de aquello que deseamos. Yo muy pocas veces sueño, y si sueño no me acuerdo de nada cuando me despierto por la mañana.

Mis sueños son de la segunda clase. Sueños que son producto de mi imaginación.

Cada uno tiene un sueño diferente. Yo creo que soñaba con correr en motos desde que estaba en la barriga de mi madre, pero no podía, había que ir a Madrid. Aquí no hay circuitos de motos.

Me compraron un Kart (para la gente que no sepa qué es un kart, es un coche como el de Alonso cuando empezaba a competir) y he practicado con él mucho tiempo. Empecé a los seis años.

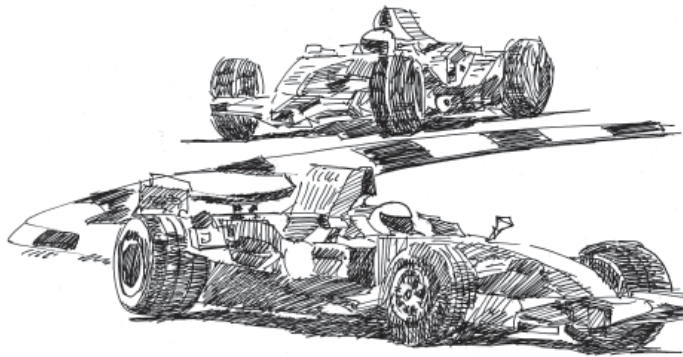
Ahora tengo otro sueño, quiero construir un auto loco de



madera, como los coches de la NASCAR. La NASCAR es una categoría de coches, van a más de 400 Km. por hora, todos los coches son Chevrolet.

En este momento estoy en el hospital soñando mientras escribo que estoy corriendo en mi Kart... a 20 kilómetros por hora.





RELATO UN RATO Y ADEMÁS CONSTRUYO UN “BATOVARA”

María José Pereira Arboleda. 13 años.
Aula Hospitalaria del H. de Fuenlabrada.

Hacía buen día. Estaba contenta. Me iba de excursión al parque Polvoranca.

Los dolores de pierna se repetían; pero creí que se pasarían como había ocurrido unos días antes. Tomé una pastilla y el dolor seguía.

Se hizo de noche. La pierna me dolía cada vez más, no podía caminar. Nos vinimos al hospital. Me hicieron una radiografía y los huesos estaban bien. También me hicieron una analítica y dio algo de infección.

Después me hicieron una ecografía y la infección era en la pierna. Me ingresaron y me dijeron que tenía que entrar al quirófano. Yo sentía miedo y estaba muy nerviosa.

Hablaba con mi madre que me tranquilizaba, diciendo:

-Es por tu bien. Será una raja chiquitita (luego vi que era grande).



Me aburría en la habitación hasta que pude ir a la escuelita del hospital.

Allí, la maestra me dijo:

-Tienes que jugar con ceras frías y con sílabas.

Me dio un garabato y yo con mi cera y mi cartón construí un: ba-to-ga-ra.

Un bonito Batogara que tumbado bajo un árbol me va a recordar un viaje a Valencia.

Un viaje que imaginamos mis amigos y yo: '...Y veremos la playa, y visitaremos el Oceanografic, y practicaremos tiro con arco, y senderismo, y, y, y...'

¡Que bien lo vamos a pasar, Batogara! Te llevaremos. Serás nuestra mascota. Todos los que te vean se quedarán asombrados y dirán:

-¿Cómo se llama?

-¿Dónde lo habéis comprado?

Yo les diré que no se compra, que se construye con unas sílabas: 'ga-ra-ba-to', y con unas ceras.

De pronto, se abre la puerta de la escuelita. Se me había olvidado que estoy en pijama y en el hospital. Era la en-



fermera, venía a buscarme para que fuera a la habitación porque me tenía que curar la herida. Voy a la habitación 5.

-¡No te muevas Batogara! ¡Vuelvo en seguida!

En el pasillo 'C' oigo un gran alboroto. Risas, gritos, carreras.

-¿Qué ocurre?- pregunto a una enfermera.

-No sabemos. Sólo sabemos que una cosa diminuta corriendo a toda pastilla va y viene por el pasillo, gritando '¡¡¡¡¡Valencia!!!!'

Me río y le digo: creo que sé lo que es. Es un Batogara.

Él también se ha olvidado de que estamos en un hospital.





Ba
ga
Co
ra



LA NIÑA DE LOS SUEÑOS FANTÁSTICOS

Nuria María Montero Torralba. 12 años.
Aula Hospitalaria de Albacete.

Érase una vez una niña que se llamaba Laura y que tenía unos sueños muy, muy buenos. Tan buenos que nunca había tenido pesadillas y siempre que podía se echaba un rato a dormir y a disfrutar de sus sueños. Una noche se fue a la cama y soñó que estaba en la selva, que se encontraba perdida y que tenía mucha hambre. En esta selva había plantas de todas clases y muchos animales. Aunque estaba totalmente perdida y desorientada, descubrió que podía hablar con los animales. Se encontró con un chimpancé y le preguntó si él sabía dónde estaban. El chimpancé le contó que estaban en la selva Fantástica.

- Aquí no debes tener miedo- le dijo- No te va a pasar nada. Aquí viven muchos animales, mis amigos: el león, la jirafa... Y no te asustes, no te harán nada.

- Vale, vale- dijo Laura. Pero yo ahora lo que tengo es muchísima hambre, ¿es que no hay nada para comer?



- Sí- respondió el chimpancé- pero debes buscarlo. Mira detrás de esos arbustos.

Laura fue hacia los arbustos y descubrió toda clase de frutas: manzanas, peras, limones, ciruelas... Comió hasta reventar porque todo estaba muy bueno.

Más tarde el chimpancé le presentó a sus amigos. Laura dijo: 'Hola a todos. Me llamo Laura y quiero ser vuestra amiga. ¿Podemos jugar a algo?'

- A mí me gusta el escondite- contestó la jirafa.

- De acuerdo, jugaremos al escondite- aceptó la niña-
Os busco yo.

- ¡Vale!- dijeron todos los animales a la vez.

La jirafa estaba detrás de un manzano pero como era tan alta se le veía la cabeza enseguida y... la encontró. Luego vio al elefante que se había metido en un arbusto muy pequeño y claro, como él es tan gordo, se le veía muy pronto. Los tres juntos fueron a buscar a los demás. Primero encontraron al león que se había metido entre las flores pero... como es tan peludo... Ya solo faltaba el chimpancé. Le estuvieron buscando mucho tiempo hasta que a Laura se le ocurrió mirar en un árbol muy alto y allí apareció escondido, tras las ramas, mientras todos decían: 'menos mal, lo hemos encontrado'.



Las horas pasaron volando, se hizo de noche y Laura no sabía volver a casa. Les preguntó a sus nuevos amigos: '¿Sabéis dónde está mi casa?'

El chimpancé respondió: 'Esto no es real. Lo produce tu imaginación y ya es hora de decirnos adiós'.

Laura se quedó pasmada:

- No entiendo nada, a ver... explícamelo.

- Pues que esto es un sueño que ha producido tu cerebro y tu imaginación- le explicó el chimpancé- y ahora te toca despertarte.

- Pero... yo no quiero despertarme. Quiero seguir con vosotros, que aquí me lo paso muy bien.

-El chimpancé le dijo entonces: 'haremos un trato: tú te despiertas ahora y todas las noches cuando te vayas a la cama piensas en nosotros. De esa forma volveremos a estar juntos y a jugar en tus sueños'.

Y así fue. Cada noche Laura se reencontraba con sus amigos de la Selva Fantástica, vivían nuevas aventuras y se lo pasaban bomba.

Y colorín, colorado... este sueño ha terminado.





¿SUEÑO O PESADILLA?

José Pérez Menéndez. 13 años.
Aula Hospitalaria del H.U. Central de Asturias.

Los sueños pueden ser buenos o malos. Un día yo tuve un sueño malo, una pesadilla.

Tan solo tenía once años cuando soñé que me despertaba y que tenía unos bultos en el cuello, mis padres me llevaban al médico y luego al hospital, donde ingresé en una planta en la que había muchos niños y niñas, casi todos sin pelo, lo que me causó una gran impresión.

Días después de hacerme muchas pruebas, me diagnosticaron cáncer (leucemia). Cuando me lo dijeron yo casi no podía articular palabra, pues la palabra cáncer me horrorizaba.

Entonces la psicóloga y la doctora me explicaron que no todos los cánceres eran iguales y que la leucemia que yo tenía, en un porcentaje muy alto, tenía cura.

Permanecía en una habitación en la que estábamos mi madre y yo, día tras día.



A los pocos días ya me empezaron a poner quimioterapia. Era muy duro y me empecé a poner muy malo, tenía dolores de cabeza, vómitos, me olía mal la comida, perdí mucho peso y se me cayó todo el pelo.

Me tenían que colocar una vía, pero las venas se me rompían una y otra vez, por fin consiguieron colocarme una en el pie donde me inyectaron morfina.

Yo no paraba de preguntarme porque me pasaba a mí eso, que no era justo, pues yo no lo entendía.

Me encontraba muy mal, me dolía la cabeza, el estómago, incluso me caí de la cama.

Fue entonces cuando la doctora me pidió una analítica, llegaron los resultados y nos dijo que el sodio estaba por los suelos, que me tenía que mandar a la U.V.I. A los pocos minutos ya estaba en ella.

Al llegar sentí frío, máquinas pitando, niños que lloraban, sentí miedo, allí estaba con los médicos y las enfermeras, pero me sentía solo, ya que mi familia no estaba y solo me visitaban dos horas al día, ¡ los echaba tanto de menos!

Estuve en la U.V.I quince días, donde pasé Nochevieja, Año Nuevo y Reyes. Éstos fueron a visitarme y me desearon que mejorase pronto.



Empecé a encontrarme mejor y por fin me llevaron a planta. Allí estaba más a gusto, tenía a mis familiares, aunque echaba mucho de menos a mis amigos que no podían venir a visitarme, pero sí me llamaban todos los días por teléfono para darme ánimos.

Seguía en quimioterapia. Era un tratamiento duro pero empezaba a encontrarme mejor. Tenía ganas de ir al colegio, jugar al fútbol, pero sobre todo poder volver a mi casa, echaba mucho de menos todas mis cosas.

En el hospital tenía mis clases. También nos visitaban unos payasos que nos hacían reír y pasar un buen rato, olvidarnos del dolor. Otros días también venían unos voluntarios. Con ellos jugábamos, pintábamos y nos divertíamos.

Después de unos meses, me fui por primera vez a casa, sólo unos días, ya que tenía que volver a poner el tratamiento.

Cuando llegué a casa con un montón de proyectos en la cabeza, me di cuenta que no los podía hacer, pues apenas podía caminar, me sentía débil, era como un bebé, sentía miedo y unas ganas locas de poder recuperarme. En casa me encontré a gusto, pero pronto me llegó la hora de regresar al hospital, donde seguía con mi tratamiento y así pasaron días, meses...



Un día cuando la doctora vino, me dijo:

- ¡Hola Chico!, te traigo buenas noticias, pues la enfermedad ha desaparecido y solo tendrás que tener un tratamiento de mantenimiento, para evitar que la enfermedad vuelva a aparecer.

Esta pesadilla aún no ha terminado, pero estoy mucho mejor, ya puedo correr, saltar, jugar e ir al colegio, tengo ganas de ponerme bien, despertarme por fin de este terrible sueño.

MORALEJA: No hay mal que por bien no venga, ni mal que cien años dure.



EL LENGUAJE DE LAURA

Carmen Robles Macho. 12 años.
Aula Hospitalaria de Fuenlabrada.

Una niña llamada Laura de once años de edad se ha caído. La llevan al hospital de Fuenlabrada. Se ha dado un fuerte golpe en la cabeza. Está inconsciente.

En las urgencias le dan un filete de pollo y ... empieza a mejorar.

De pronto, comienza a hablar:

- ¡¡¡Cucutu!!!¡¡¡Cucuka!!!¡¡¡cacu!!!

Su madre y la doctora se miran sorprendidas y piensan que es un bebé. Sospechan que el golpe la ha hecho retroceder a pocos meses de edad.

Le hacen una resonancia y ven admiradas que en su cerebro se han introducido más de cien bebés.

Deciden llevarla a Estados Unidos para estudiar su idioma.



Laura usa palabras que repiten sílabas. Por ejemplo:

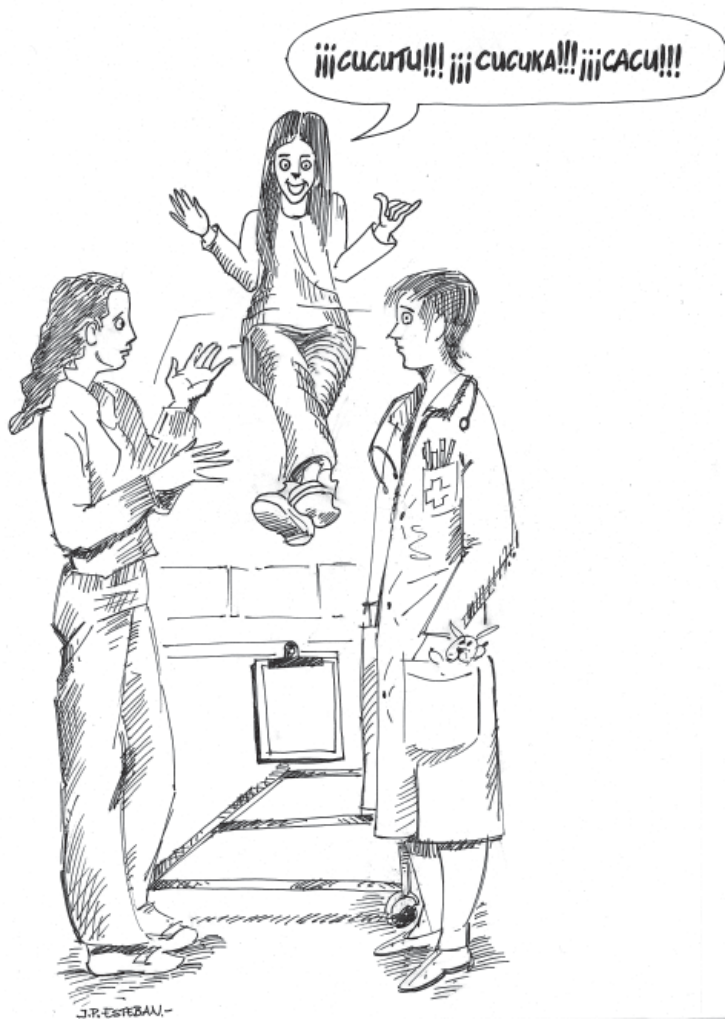
-¡Cucuham, ¡ ¡ cucudes.!

Por fin descubren el código del lenguaje de Laura. A ese lenguaje le llamaron: 'EL CUCULÁ'.

Como es un lenguaje muy interesante, las autoridades ordenan que todo el mundo lo aprenda. Lo enseñan en las escuelas de todo el mundo, en los centros comerciales, en el metro, en las iglesias, etc. En todos los sitios donde hay muchas personas.

Han pasado dos años y todos los habitantes del mundo hablaban el CUCULÁ.





Premiado
en la categoría
de 14 a 17 años

PEQUEÑA ALICIA

Ada Soler Llorens. 16 años.
Aula Hospitalaria Clínic. Barcelona.

Hoy hemos enterrado a Laura en un prado que quería ser verde. Éramos pocos, pero bastaba para el universo. Alicia parecía dormida, con los ojos idos y sonrientes, despierta en la somnolencia del que vive el momento soñado. Aquel día Alicia se levantó aún más temprano, con la camiseta de papá que le hacía de pijama. Entró a la cocina y preparó los pasteles que llevó temblorosa sobre las piernas durante el trayecto en coche. Intentando no distraerse, no podía parar de repasarle el rostro pegado al espacio vacío que tendría que ocupar la ventanilla bajada, el viento jugando con su pelo y dejando que la cabeza se le fuese lejos con él. Alicia es nombre de imán, pensé.

- ¿Tranquila? – dije.

- Por fin.

Ladeó la cabeza y, arreglando el papel de plata que en-



volvía los bizcochos, sonrió tímidamente. Subió la ventanilla y se peinó los pelos revueltos con las manos, con una delicadeza sutil, exquisita, milimetrada.

- ¿Voy bien?

Era absolutamente preciosa. Desaliñada, nostálgica, pero ahora con brillo en los ojos: estaba viva. Mis amigos nunca me dijeron “tu hermana está como un tren”, aunque en la época romántica de todo post-adolescente, repararon en ella y empezaron los “es especial”, “tiene algo que la rodea que no sé”, y a menudo todos los vecinos del mundo preguntaban y hablaban sobre ella. Incluso los desconocidos la buscaban. Un día, un compañero de su clase llamó a la puerta preguntando por ella. Se llamaba Yassin y apenas hablaba nuestro idioma y, sin atreverse a mirar a los ojos a ningún miembro de la familia, quiso saber dónde se había ido. Eso fue cuando Laura se la llevó al hospital y la tristeza inundó nuestra casa, incluso las paredes estaban de luto. Nadie podía explicar la añoranza que sentíamos, pues ella se había convertido en sus gritos, en su propia ausencia. Nosotros hacía ya tanto tiempo que esperábamos a nuestra Alicia. La Alicia de verdad, no esa que era a medias y que, sin dar tiempo a explicaciones, desaparecía y volvía convertida en alguien tan tenebroso como Laura.

En esa época empecé a rezar sin creer en Dios. Rezaba



por la pequeña Alicia, para que venciera a Laura y consiguiera comerse el poco de sopa que mamá se atrevía a servirle. Nuestra familia dio un vuelco, una vuelta de campana con demasiados rasguños y heridas y mucha, mucha sangre. Mamá empezó a hacerse mayor de golpe, tenía más canas, más arrugas, más ojeras, menos sueño, menos sonrisas y lloraba tanto que no paraba de llover. Papá continuó siendo tozudo por suerte de todos, no desistió ni medio instante en esa eterna lucha, mirando hacia el fin que ni siquiera llegaba a vislumbrarse, pero sus manos ya sonaban cansadas al arreglar cualquier bombilla o preparar su medicación. En nosotros, nadie se resignó a la ausencia de Alicia, nadie la aceptó como un castigo del cielo, y continuamos creyendo en que encontrarla de nuevo era posible. Yo callaba y no paraba de buscarla por todas partes, a todas horas. Bajo la cama por la mañana, en el balcón, dentro de un libro de poesía de la librería y entre calcetines, en armarios de jabones y trastos, pero no había ni una pequeña huella de su existencia, ni un rastro que seguir. Alguien la había secuestrado sin dejar señales de su existencia.

Alicia me indicó con la mano que debía girar hacia la izquierda para llegar al punto de encuentro.

- Seguro que voy bien, ¿eh? – me preguntó.

- ¿Y yo?



- ¡Tonto! – dijo riendo mientras volvía a colocarse bien el pelo.

Siempre que ríe la retengo y me la guardo muy adentro, en un rincón intocable, un cajón cerrado con llave, lejos de ladrones de cajas fuertes y sonrisas preciosas. Aún tengo miedo de que vuelva a diluirse, de que venga Laura de puntillas otra vez, sin prisa pero sin pausa, a rasgarnos las manos con flores silvestres. Pero ahora estará bajo tierra, enterrada muy lejos de nuestras casas, a mil millones de millas o más, a mil millones de años luz, eso es. Tal vez hoy por la noche, por fin, pueda dormir. Hace tantos años que no duermo pensando que algún fantasma volverá a salir del armario que no recuerdo a qué sabía la vida. Tengo presente en cada movimiento el dolor de caminar siendo vencido por el otro lado, por el otro barrio, por esa fuerza negra y densa. La oscuridad parecía no tener fin, pero algo nos empujaba a continuar, algún tiempo ya vivido entre campos como los que ahora cruzamos en coche. Recuerdo que hace algún tiempo llevé a Alicia por estas tierras y le dije:

- ¿Ves? Por todo esto tienes que continuar. Te falta ya muy poco, Ali, ya lo sabes.

- No, si yo estoy bien, estoy mejor -me contestó, como siempre disimulando su malestar, haciéndolo más leve para los demás



- No. No estoy bien, yo quiero ser completa, sin esa cosa que me muerde y me duele. No sé, no quiero ni una voz pequeña dentro de mí, ¿sabes? Quiero el final ahora.

- Bueno, pero...

- Alberto, que no me queda paciencia...

- Pero vas a conseguirlo.

- ¿Cuándo? Esta cosa, quiero decir, enfermedad o lo que sea, es parte de mí.

- Y una mierda -no podía soportar ver como aceptaba ser parte de tinieblas- Tú eres Alicia. Laura, por mucho que viva en tu casa, continuará siendo Laura. Y pronto esa Laura se irá y tú serás sólo Alicia, ¿vale? Laura es Laura y Alicia es Alicia.

Después recuerdo que sonrió, me cogió de la mano y, siendo presa otra vez de sus infinitos hipnotismos, hizo que me distrajera para tirarme por la pendiente de hierba que teníamos bajo nuestros pies. Una vez tumbados y exhaustos de tantas cosquillas, dijo:

- ¿Por qué Laura?

- No sé, me salió sin pensar. Era por decir algún nombre.



Desde entonces marca en el calendario los días que continúa echando a Laura de casa, siéndole más fácil pensar que es una inquilina en su piso de alquiler que no una enfermedad adherida a su cabeza.

Cuando pude encontrar un poco de Alicia, lo abandoné todo para prolongar sus latidos. Hacía mucho tiempo que no oía su voz y necesitaba cuidarla y hacerla fuerte antes de que Laura hablara, me golpeará con los puños cerrados por la salsa de los spaghetti, por el espejo, la tristeza, sus tobillos. Cuando volví a ver a Alicia por primera vez después de tanto tiempo, pensé que ya estaba, que el final ya había llegado. Pero Laura, a escondidas, guardaba en cajones bocadillos que se pudrían como las entrañas de Alicia. A veces pensé que no acabaría nunca. La eternidad siempre ha sido demasiado larga.

El dolor más puro que he sentido sobre la piel es ese dolor punzante de cuando Laura se hacía dueña de los ojos de Alicia. Habría matado a Laura con mis propias manos, habría dejado que me matara a mí, que me robara los ojos pero que no tocara los suyos. Sus ojos de miel y avellana se volvían puñales, y la sangre inundaba los pasillos de casa mientras el silencio nos helaba otra vez más a todos. No me quedan palabras para explicar lo que yo ví en el infierno.

- Ya hemos llegado - dijo Ali - ¿Me puedes coger un par?
- dijo pasándome los bizcochos.



- ¡¡Uf!! Qué hambre. Mira, mamá ya está ahí.

- Dile que te gusta su vestido - susurró ella, abriendo la puerta del coche.

Bajamos del coche y, a pesar del horrible vestido con estampado floral que llevaba mi madre, le dije:

- Mami, estás preciosa. ¿Es nuevo? ¿Dónde está papá?

- Tú aparta, ¿dónde está Alicia?- me respondió entre la broma y la realidad.

- ¡¡Mamá!!

Salió la anfitriona de detrás del coche y, como si hiciese eternidades que no se veían, se abalanzó sobre mamá como el momento más anhelado de una pequeña vida.

- Bueno, cariño, ya lo tenemos casi todo, ahora sólo falta que lleguen. Ay mira, los bizcochos vamos a dejarlos sobre esa mesa que es la de la comida y esas cosas. Estate tranquila, ¿vale?

Era sábado por la tarde y habíamos organizado un entierro en forma de fiesta. Los asesinatos de sombras son pura vida, y teníamos a una princesa guerrera que coronar. Nuestra pequeña Alicia.





Seleccionados
en la categoría
de 14 a 17 años

¡ MENOS MAL!

Marta Lorda Cabos. 17 años.
Aula Hospitalaria del H. Clínico, Zaragoza.

Estaba tranquilamente sentada en su cama del hospital, escribiendo concentradamente algo en su cuaderno, algo que parecía muy importante y a la vez muy íntimo, ya que tenía el cuaderno ladeado e iba tapando con la mano discretamente lo que iba escribiendo, como si le avergonzase que alguien leyera aquello que ella estaba sintiendo y plasmando en aquellas hojas en blanco; sin prisa, pensándolo y meditándolo antes, pero sin perder un segundo en la escritura de aquel texto donde estaban todos sus sentimientos.

Sandra seguía absorta en su escritura, metida en su mundo interior, sin detenerse un segundo. Parecía que, en esos momentos, la estaban atormentando muchísimos pensamientos, sentimientos y emociones que le quemaban por dentro y que le hacían sentir una imperiosa necesidad de sacarlos fuera, escribiéndolos en algún sitio a ver si así la dejaban en paz. Realmente no conseguía que dejaran de



atormentarla, pero sí conseguía que disminuyese su intensidad y que ella pudiera tranquilizarse un poco. De pronto escuchó aquella horrible voz que conocía perfectamente y que la atormentaba. - ¡Horror!- Sólo con escuchar aquella voz le entraba un escalofrío que le recorría todo el cuerpo y le ponía los pelos de punta. Había llegado la hora. Aquello anunciaba el horrible comienzo de otra tarde en aquel triste y horrible hospital.

Ella llegaba como siempre, saludando con su falsa voz amable. Recibía el parte de lo que había pasado por la mañana con cada uno de los pacientes y despedía a sus compañeras del turno de mañana. Luego todo cambiaba. Aquella voz ya no tenía ni el más mínimo tono amable, más bien todo lo contrario. Sandra ya sabía que a aquello, luego se sumaban los gritos, las broncas y los castigos que tanto la habían hecho sufrir y hundirse echándose a llorar; haciéndole tener pánico a la tarde por la simple presencia de aquella persona. Ahora había conseguido forjarse con muchísimo esfuerzo, una fina coraza con la que podía protegerse un poco, aunque aquella situación seguía provocando en ella muchísimas emociones horriblemente desagradables, como el pánico o los ataques de ansiedad.

Sandra siempre había soñado con que, en algún momento, aquella persona cambiara o bien ella fuese capaz



de hacerse más fuerte y fuese capaz de enfrentarse a ello y conseguir que no le afectaran todos aquellos comentarios malintencionados, pero todavía no lo había conseguido, todavía seguía siendo solo un sueño. Aquello era demasiado para ella, le quedaba grande, muy grande y encima, ella en el fondo sabía que su sueño no se iba a cumplir nunca, pero le dolía tremendamente reconocerlo.

No era la primera vez que Sandra estaba ingresada en el hospital (para ser exactos, era la séptima vez que Sandra ingresaba en el hospital). Sandra padecía anorexia nerviosa restrictiva desde hacía ya un par de años además de un fuerte trastorno obsesivo-compulsivo que se había acentuado alarmantemente en los últimos meses. Cada vez que ingresaba, Sandra quedaba totalmente aislada del mundo exterior e iba ganando cosas poco a poco si evolucionaba favorablemente. En cada ingreso, aparte de enfrentarse cinco veces al día a su peor pesadilla (la comida), también tenía que enfrentarse a los comentarios crueles, duros y malintencionados de algunas enfermeras (en especial de aquella que ha sido mencionada anteriormente) y eso era lo que más le dolía: qué no la comprendieran. Sandra había soñado muchísimas veces que todo esto tan horrible que estaba viviendo era solo una horrible pesadilla de la que enseguida despertaría; pero por desgracia no era así, por



más que se pellizcaba no se despertaba de aquel horrible y angustioso sueño.

Había llegado el momento. Se había terminado el reposo de la comida y llegaba el momento de enfrentarse cara a cara a su miedo, a su terrible angustia: aquella enfermera. Sandra se levantó, estiró las sábanas de su cama, respiró profundamente un par de veces para intentar relajarse antes de salir de la habitación. Sacó la fina coraza que había conseguido forjarse con tanto esfuerzo durante tanto tiempo para intentar protegerse de sus comentarios hirientes para que no le afectasen o, por lo menos, le afectasen menos. Salió de la habitación con una sonrisa forzada dibujada en la cara. Ya estaba fuera y no quedaba otro remedio que enfrentarse a su gran miedo. Sandra la saludó con una falsa amabilidad, ella le correspondió sin mucho afán y sin siquiera mirarla. Sandra le pidió agua (no tenían agua a su disposición para que no bebieran antes de pesar con la intención de pesar más; por ello se la tenían que dar las enfermeras) y las llaves del baño (lo tenían cerrado para que no hiciesen ejercicio ni vomitasen en el caso de las bulímicas). Después de terminar con sus actividades de aseo después del reposo de la comida, Sandra tenía una hora y media que se le hacía mortalmente aburrida hasta que llegase otro de los momentos infernales del día, otro de sus momentos de horror: la merienda. Para Sandra cada



comida era una dura batalla que tenía que librar ella sola, sin ayuda de nadie, y que le consumía todas las fuerzas con las que ella era capaz de luchar. Pero si encima estaba esta enfermera, a Sandra no se le iba aquel horrible nudo que se le hacía en el estómago en toda la tarde, solamente se le acentuaba considerablemente a las horas infernales: las horas de las comidas.

Sandra cogió el puzzle que estaba empezando y lo puso encima de la cama, la subió, enchufó la televisión y se puso a hacerlo mientras ojeaba la televisión desinteresadamente. Solo la tenía encendida porque así no se sentía tan sola. Después de un rato, ya había hecho un trozo de puzzle pero ya se cansaba de tener la vista tanto rato fija, así que decidió dejarlo por el momento. Miró la hora. Eran las cinco menos cinco de la tarde. Se acercaba la fatídica hora y a Sandra ya le volvía a apretar de nuevo el nudo del estómago. Le apretaba muy, muy fuerte.

A los cinco minutos oyó su voz chillona anunciando que iba a por el carro de las meriendas. Cogió la llave del office y se fue hacia allí con aires de superioridad. -¡Horror!- se dijo Sandra para sus adentros al ver que tenía la intención de quedarse con ella mientras merendaba, vigilando que se comiese todo bien. Se sentaron las dos, la una frente a la otra. Aquello parecía un duelo de poder. La enfermera la



miraba escrutadoramente mientras ella se echaba el colacao en la leche. Sandra se sentía muy observada y, con los nervios, se le cayó un poco de cola-cao fuera de la taza. La enfermera empezó a cambiar la cara de falsa amabilidad que tenía y a ponerse de mal genio, levantándose y acercándose aún más a ella. Sandra se puso aún más nerviosa. Ahora el nudo del estómago no le apretaba fuertemente sino que le ahogaba. Al final estaba tan nerviosa que le temblaba todo el cuerpo y, finalmente, acabó tirando toda la bandeja al suelo. La enfermera empezó a gritar a pleno pulmón y le empezó a decir que por qué había tirado la bandeja al suelo. Sandra estaba paralizada, presa del pánico, y no acertaba a pronunciar palabra. Le temblaban los labios y, sobre sus mejillas, comenzaban a deslizarse varias lágrimas. No sabía qué hacer ni qué decir. Mientras tanto, la enfermera seguía gritándole y zarandeándola de un lado a otro. La enfermera decidió que por haber tirado la bandeja, ahora en vez de eso, tenía que tomarse no uno, sino dos de aquellos batidos hipercalóricos que tanto miedo le causaban a Sandra y que luego estaría castigada hasta la hora de la cena sola en su habitación, toda la tarde haciendo reposo tumbada en la cama. Sandra se echó a llorar y se dejó caer rendida en la silla. Al cabo de un rato volvió a levantarse para intentar en vano hablar con la enfermera. Ella no había tirado la bandeja queriendo pero, ¿cómo se lo explicaba



a la enfermera? Esta seguía gritándole y zarandeándola. No, era imposible, no la iba a escuchar, pensó Sandra. Ella aún lloró más fuerte y más desconsoladamente cuando vio ante sí los dos batidos que tantísima angustia le causaban. Sandra estaba al borde de un ataque de nervios. Empezaba a costarle respirar y se empezaba a sentir muy mareada. Tuvo que tomar asiento de nuevo. La enfermera le gritaba diciéndole que se tomase los dos batidos, pero ella no lo hacía, solo lloraba. No podía tomárselos, su cabeza no le dejaba y era incapaz de tomárselos. Al cabo de un rato, la enfermera, todavía con la cara roja de rabia, salió farfullando de la habitación dejándola con una auxiliar. La auxiliar era muy agradable y muy dulce e intentaba tranquilizarla, pero Sandra estaba en pleno ataque de ansiedad y no había manera de que se calmase. Al ver que la enfermera se iba, Sandra pensó que ya había pasado todo, pero justo cuando empezaba a tranquilizarse un poco, vio regresar a la enfermera con una cosa en la mano que le resultaba extraña pero a la vez algo conocida. Cuando la enfermera se acercó a ella, Sandra confirmó sus terribles sospechas; aquello era esa cosa horrible de la que tanto había oído hablar pero nunca había visto: la sonda nasogástrica. Sandra volvió a ponerse muy nerviosa, le volvía a temblar todo el cuerpo. Pretendían meterle los dos batidos por aquel tubo de plástico directamente al estómago. No, no podían ha-



cerle eso, pensó ella ¡Había sido sin querer! Sandra notó que el corazón se le encogía, le dolía el pecho y apenas podía respirar cuando de repente notó un beso en la frente y oyó que una dulce y preciosa voz la llamaba cariñosamente. Se despertó sobresaltada y descubrió que estaba en su cuarto y que la persona que la había despertado tan dulce y cariñosamente no era otra que su madre. Todo había sido una pesadilla, una horrible pesadilla. Se levantó de la cama de un salto y abrazó fuertemente a su madre dándole mil besos y diciéndole mil veces cuanto la quería. Su madre se quedó perpleja y paralizada ante la reacción de su hija, pero, al mismo tiempo, se sentía reconfortada al ver a su hija tan sumamente contenta. Le correspondió con un tremendo beso y un fuerte abrazo y bajaron juntas a librar lo más tranquilamente posible la primera batalla del día contra la comida: el desayuno; pero esta vez de forma tranquila y familiar, no como en su horrible y angustioso sueño.





UNIDOS POR LA MÚSICA

Lorena Valverde Montiel. 15 años.
Aula Hospitalaria “Virgen de la Arrixaca”, Murcia.

A mí siempre me ha encantado la música. De pequeña estuve en varias corales e hice varios cursos de diferentes instrumentos. Mi sueño era, y sigue siendo, ser cantante. Porque cuando oigo la música es como si sintiera que estoy en otra dimensión. Y cuando canto... es algo tan especial que me cuesta expresarlo. Desde pequeña, mi sueño era tener una banda. Tuve algunos intentos con algunas amigas, pero duraban poco. La gente al final se acaba cansando. Para muchas personas es un hobby que tarde o temprano olvidas. Y no está mal que así sea, pero el problema es que para mí era mucho más.

Estaba harta de intentar montar un grupo con mis amigos y que durara tan sólo unos meses. A mis padres les hacía gracia mi afición, pero querían que tuviera lo que ellos llamaban ‘una profesión de verdad’. Así que me tuve que poner a estudiar Empresariales. Empecé la universidad con



el ánimo un poco triste, pues temía que tuviera que renunciar a mi sueño y llevar lo que a mí me parece una vida aburrida.

Estaba pensando en todo esto, cuando un día encontré un anuncio en el tablón de la universidad en el que pedían una cantante para un grupo de música. Decían que querían que fuera alguien que se lo tomara verdaderamente en serio y entendí perfectamente a lo que se referían. Así que me presenté a la prueba. Estaba como un flan, pues en el fondo soy muy tímida y me cuesta mucho conocer a gente nueva. Pero me armé de valor y de sueños y me fui.

Hice la prueba y noté que había mucha química con los del grupo. Musicalmente nos entendíamos. Después me quedé hablando con ellos de nuestros grupos favoritos y coincidíamos mucho en lo que nos gustaba.

Al cabo de dos días me llamaron y me dijeron que me habían elegido a mí. Yo no me lo podía creer. Por fin volvía a estar en un grupo. Me sentía profundamente feliz por aquello. A partir de entonces, empezamos a conocernos. Marcos era el líder, porque era el que componía y el que tocaba la guitarra. Estaba tan loco por la música como yo y en seguida descubrimos que teníamos un montón de cosas en común.



Fue conocernos y convertirnos en amigos inseparables. Todo el mundo alucinaba, porque no pegábamos nada. Yo tengo pinta de buena niña y soy más bien calladita. Él era un poco borde con casi todo el mundo. Consideraba que algunos no se tomaban las cosas en serio y no hacía ningún esfuerzo en caerle bien.

Cuando Marcos componía, se encerraba en su casa y no quería ver a nadie. Pero hacía una excepción conmigo. De repente, igual me llamaba a la una de la mañana y me decía que necesitaba que yo escuchara su última canción. Y yo iba. Y me encantaba. Al final, empecé a intervenir un poco y llegué a hacer un par de temas. Me fui apartando de mucha gente, porque estar con él me llenaba muchísimo. Muchas amigas mías me preguntaban si había algo entre nosotros, pero yo siempre decía que no, que lo único que nos unía era la música.

Una noche nos estuvimos hasta las tantas en su casa. De repente, él se me quedó mirando y me dijo: 'Nunca había estado tan cerca de nadie. Nunca había conocido a nadie como tú. Nunca nadie me había comprendido así. Silvia, basta ya de excusas, me gustas'. Yo me quedé sin saber que contestar, pues no estaba preparada para aquello. Le dije que me tenía que ir, porque me superaba lo que me había dicho.



Me fui a casa y no pude pegar ojo. Porque yo me había negado durante aquel tiempo que sintiera algo más, para no llevarme una decepción, pero ahora ya no lo podía disimular durante más tiempo. Así que al día siguiente, compré el desayuno y se lo llevé a su casa. Le pregunté que si era verdad lo que sentía. Él me dijo: '¿Si lo vuelvo a decir, ¿te escaparías otra vez?' Yo le sonreí y le dije que no. 'Creo que me voy a quedar aquí. Y si lo vuelves a decir me voy a quedar mucho tiempo'. Nos besamos y me di cuenta de que nunca había amado a nadie de esa manera. Es como si hubiera encontrado mi alma gemela, el que siempre busqué, el que soñé y llegué a pensar que no existía. Ése es él. Y voy a cumplir lo que prometí, voy a estar a su lado mucho tiempo... toda la vida.

Queridos amigos, este que os acabo de contar es el sueño de una chica de quince años que espera que algún día se haga realidad.





MIRAR CON AMOR

Ángel Caravaca Sánchez. 16 años.
Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca", Murcia.

¿Qué nos dice una mirada?, tal vez hay gente que pasa desapercibida y no les dice nada, pero yo la siento. La siento hasta el alma, la siento en mi cuerpo, hasta en mis entrañas.

Cuando alguien te mira con cariño sientes la mirada, cuando te miran con desprecio, la mirada es amarga, pero digo yo: ¿por qué no miran a los ojos de un niño enfermo? Pues no miran por miedo, ni siquiera es lástima, porque al mirarlos se sienten cobardes, esa cobardía, de pensar que hacen tantas cosas y envidian tantas cosas que no valen para nada, cuando en realidad lo que más importa, es una palabra, un buen corazón, y una "bella mirada".





PREDICCIÓN

Victoria Paredes. 16 años.

Aula Hospitalaria "Santa M^a del Rosell", Cartagena.

A Sheila, una chica de Granada, de dieciséis años de edad, muy extrovertida y muy querida por todo el mundo de su pueblo, le gustaba quedar todas las tardes con sus amigas para dar paseos por el campo, comprarse ropa o ir al cine. Una de ellas se llamaba Carmen y otra Pilar. Carmen tenía dos hermanos mayores y vivía muy cerca de casa de Sheila con sus abuelos y sus padres. Pilar, al contrario, era hija única y vivía con sus padres. Iban juntas al mismo instituto pero a diferentes clases. Sheila siempre tenía un sueño, hacía tres o cuatro meses que se le repetía. Trataba de una niña metida en una habitación muy pequeña que gritaba y gritaba, hasta que en el suelo se abría un agujero negro y se la tragaba formándose una arenilla que, al caer al suelo, formaba un reloj donde salía reflejada la cara de dos hombres mayores con cara de desesperación, que intentaban salir como si estuvieran atrapados dentro de él y



donde se marcaban mucho los sonidos de las agujas del reloj.

Un viernes, después de las clases, las tres amigas quedaron para ir a comer juntas al restaurante chino que había al lado del instituto. Mientras comían planeaban la fiesta de Halloween que iban a hacer dentro de tres días. Tenían pensado meterse en el hospital de tuberculosos que había cerca del pueblo en donde vivían, pero no se atrevían porque era un poco arriesgado ir tan tarde por en medio del monte ellas solas. Estaba abandonado hacía mucho tiempo y todo el mundo decía que allí murió mucha gente y que estaba encantado. Antiguamente funcionaba como un sanatorio de tuberculosos pero los dueños murieron y se cerró trasladando a todas las personas que había ingresadas allí dentro a otro hospital que se situaba en la otra punta del país donde ingresaban a mucha gente, ya que solamente había tres en este país y tenía muy buena fama porque decían que cada infectado al que ingresaban salía muy bien curado al poco tiempo.

Carmen, al llegar a su casa se lo contó a su madre y sus dos hermanos lo escucharon y se les ocurrió la idea de asustarlas cuando se metieran dentro del hospital.

Sheila estaba deseando que llegara el día para comprobar si era verdad lo que decían o no. Planearon llevarse una





sábana para tenderla en el suelo, sentarse y con la luz tenue de unas cuantas velas, contar historias de miedo. Pasaron los días y ellas siguieron planeándolo todo para que saliera perfectamente. Estaban muy ilusionadas con la idea que habían tenido pero un tanto inquietas y no tan decididas de lo que iban a hacer porque, un sábado, siete años atrás, un grupo de jóvenes le gastaron una broma a una niña llamada Rosa que tenía deficiencia mental y la encerraron en el hospital para ver como se las apañaba para salir, pero los jóvenes al ver que tardaban mucho fueron en su busca y se la encontraron muerta con los ojos sacados de sus órbitas y un gesto de espasmo en el rostro, salieron corriendo y no se lo contaron a nadie hasta que empezaron a echarla en falta y emprendieron su búsqueda. A los chicos los llevaron a psiquiatras pero nadie sabía que habían sido ellos, por lo tanto no les acusaron ni les preguntaron nada. La gente cuenta que muchas veces se ve a la niña paseando por las cercanías del hospital con una bata y una muñeca en la mano derecha. Muchas veces también se oye un grito de dolor, casi todos los sábados a media noche.

A Sheila últimamente se le repetía muchísimo más de lo normal ese sueño y se oía más fuerte que otras veces todos los gritos y las agujas del reloj, ella pensaba que sería de los nervios por el plan que tenían pensado hacer. Últi-



mamente pasaban más a menudo cosas un poco extrañas allí dentro y muy cerca se oían ruidos, se veían resplandores y se abrían y cerraban puertas y ventanas.

Por fin llegó el día de Halloween, Sheila llamó a sus amigas para prepararlo todo por la tarde, cenar juntas y sobre las diez de la noche irse al hospital. Juan y Javi, los hermanos de Carmen, le dijeron a sus padres que se iban a casa de su mejor amigo, Luis, a ver una película, pero al salir de su casa se fueron por el camino que había por detrás de ella, el cual conducía al monte donde se situaba el hospital. Al llegar allí se escondieron detrás de unos arbustos que había en la entrada, a esperar que vinieran su hermana y sus amigas.

A ellas se les hizo un poco tarde porque Pilar era un poco miedosa y no se atrevía a ir al hospital. Tuvieron que convencerla porque no querían dejarla sola ya que era una de sus mejores amigas. Mientras, Javi y Juan cansados de esperar se metieron en el hospital para investigar un poco y calmar el frío que tenían. Lo que no sabían es que allí dentro hacía mas frío que afuera. Después, Pilar se decidió y fueron. Al llegar allí vieron que la puerta estaba cerrada y no se podía pasar. Intentaron colarse por las ventanas pero también estaban cerradas. Ellas no se dieron por vencidas y siguieron intentándolo porque dentro parecía que había



alguien. Lo intentaron por todos lados pero era imposible pasar por ningún sitio, no había ni el más mínimo hueco para colarse. Ellos empezaron a investigar por donde pasaban, todo estaba muy mal cuidado, muy sucio, muy frío... A medida que iba pasando el tiempo les daba un mal presentimiento, sentían que no tenían que estar allí dentro. De repente unos pasos se escuchaban aproximándose por el pasillo, se pararon, y se empezó a ver en la pared escrito con sangre "nunca más". Ellos se asustaron muchísimo porque no sabían de que se trataba aquel mensaje tan misterioso, salieron corriendo para irse de ese lugar pero todas las puertas se cerraron sin tener ninguna salida. Se metieron en una habitación para ver si había una salida por alguna ventana u otro lugar y, de repente, se volvió a ver reflejado en un cristal de la misma habitación donde estaba escrito con vaho "nunca más" y una silueta sin ojos. Entonces se dieron cuenta de que era el espíritu de la niña que se murió hacía siete años que se pensaba que le iban a hacer a las chicas lo mismo que le hicieron a ella y que ese era el significado de el mensaje "nunca mas". Intentaron decirle chillando que no les querían hacer daño, solo querían gastarles una broma y ella más se enfureció porque eso fue lo que le hicieron a ella, una simple broma. Les sacó los ojos a los dos como le hicieron a ella en vida y los dejó encerrados hasta que se murieron. Sufrieron mu-



chísimo allí dentro y nadie se dio cuenta de que se murieron hasta que los echaron de menos y los buscaron por todos lados. Nadie supo como se murieron ni que les pasó. Pero entonces Sheila se dio cuenta de por qué ellas no pudieron entrar y por qué se murieron los chicos. Intentó explicarle a mucha gente lo que sucedió pero nadie se lo creía. Se metió ella sola en el hospital y empezó a investigar en cada habitación. De repente una sombra la condujo a un balcón donde debajo de él había un grupo de muchachos riéndose de una muchacha que alzó la mirada y le sonrió. A Sheila le sonaba mucho la cara de esa jovencita, miró para atrás y vio la misma niña detrás de sí, volvió a girar la cabeza y siguió mirando hacía abajo para ver que pasaba, los jóvenes seguían riéndose de ella y empujándola para adentro del hospital hasta que la metieron dentro del todo y la encerraron, esperándola en la puerta. De repente la sombra que la condujo antes al balcón la volvió a conducir a la puerta principal donde encontró la niña llorando y chillando arañando la puerta principal desesperada, hasta que las uñas se le desprendieron de la carne y las yemas de los dedos se quedaron en hueso. Al cansarse de pedir auxilio fue a buscar una salida por otro lado del hospital pero al meterse en la habitación de saneamiento una brisa muy suave la paralizó y la dejó en estado de shock durante unos segundos, y cayó al suelo sin conocimiento durante unos segundos. De



repente se levantó del suelo y empezaron a darle ataques epilépticos muy seguidos como si la estuvieran poseyendo, con los ojos blancos y todo el cuerpo lleno de cicatrices y marcas. Sheila que lo vio todo, porque la sombra la volvió a conducir detrás de ella, se quedó muy asustada y pasmada de ver lo que había sufrido esa pobre niña y lo mal que lo había pasado. La niña se levantó muy lentamente y se miró al espejo que había en la habitación donde se veían reflejadas las caras de dos personas, cada una en uno de los ojos de la joven, y se notaba unas agujas de reloj funcionando en sentido contrario muy rápidamente. La niña cogió una especie de bisturí que había oxidado y con muchos comidos en la cuchilla, se volvió a acercarse al espejo y dejó caer el cuchillo primero en un ojo y, acto seguido en el otro, cayendo desplomada al suelo dándole los ataques epilépticos y de posesión que había sentido anteriormente. Sheila salió corriendo y se fue a buscar una salida por otro lugar por el que pudiera escapar, pero no pudo porque estaba todo muy bien cerrado. Llegó a un almacén de datos antiguos de todas las personas que habían trabajado allí dentro y que estuvieron hospitalizadas. Sheila, que era muy curiosa, empezó a ver las fichas. Nada más abrir un cajón, vio la foto de los dos hombres que veía ella en su sueño y que aparecieron reflejados en los ojos de la niña. Empezó a leer las fichas y eran dos hermanos, dueños de ese hospital y



al mismo tiempo doctores que se encargaban de la gente. Siguió viendo las fichas y a la mayoría de las personas que habían hospitalizado le habían dado el alta muy pronto. De repente, la sombra la volvió a llevar a una habitación donde en el suelo había una trampilla que conducía a un túnel subterráneo, que a su vez conducía a una pequeña habitación donde había un horno y a su alrededor, una especie de armarios llenos de cajones de madera. Sheila los abrió y estaba todo lleno de sacos, al sacarlos y ver lo que había dentro de ellos se quedó sorprendida, estaban las cenizas de las personas a las que las mataban y quemaban, pero las prótesis que le ponían, al ser de hierro, no se quemaban se quedaban enteras. En ese momento se le apareció la niña y le contó toda la historia de lo que sucedía allí dentro y le dijo que aquel lugar era de su padre. En aquel lugar a la gente la mandaban para curarla pero al ver que no tenían cura para su enfermedad y que entraban más de los que salían, los iban matando en la habitación donde encontraron los cuerpos quemados y los escondían en los armarios que habían pegados a la pared, diciéndoles a los demás que les habían dado el alta. Sheila salió de allí corriendo y fue a buscar ayuda para que se llevaran todos esos cuerpos y contarle a todo el mundo la historia verdadera del hospital de tuberculosos.



La policía, al investigar, se dio cuenta que era verdad y también creyeron a Sheila cuando les contó lo que les había sucedido a los hermanos de su amiga. También les dijo el nombre de los culpables que encerraron a la niña en el hospital y, como eran menores, los metieron en un correccional. Enterraron todos los cuerpos en un lugar más apropiado y Sheila no volvió a tener esa extraña pesadilla que la dejaba noches en vela sin poder pegar ojo por su culpa. También demolieron ese hospital para que a nadie más le sucediera lo que le pasó a las personas que se metieron allí dentro y no volviera a dar ningún problema, convirtiéndose en un parque abierto a todas las personas que quisieran visitarlo.



REALIDAD

Francisco Mayor Maestro, 17 años.
Colegio Público "Hospital Niño Jesús", Madrid.

"Soñé que vos soñabas que un sueño no es realidad, si la realidad ni duerme ni sueña, aceptarla nos tocará" (Skarparrapid)

Caer por un precipicio, ser perseguido o volar, todo es posible cuando uno sueña, puedes soñar que cantas y bailas a ritmo de swing, o puede que prefieras estar apaciblemente en tu casa tomándote un café con aquel amigo que hace meses o años que no ves.

En definitiva, soñar es soñar, te permite vivir, te permite morir, te permite... todo lo que la mente humana pueda llegar a concebir. Pero ¿qué es un sueño si no una imaginación, una realidad paralela ficticia y nunca jamás real?

Si mueres soñando te despiertas y estás vivo. Si vuelas, te despiertas y no lo puedes hacer. Si vives alegre y te



despiertas, vuelves a tu rutina que te absorbe y dejas esa imaginación hasta la próxima vez que sueñes.

Yo soñé que era feliz, que podía llegar a ser y a hacer lo que más anhelaba en el mundo. Eso sí que era un sueño, un sueño de verdad, de los que desearías que nunca jamás tuvieras que despertar. Sí, señores, soñé con la vida, con la libertad, con la felicidad y luego desperté.

Desperté dando paso a una amarga realidad alejadísima de mis dulces sueños, desperté a mi realidad, a mi rutina y a mi infelicidad plena.

Después de esto pensé, ¿y si durmiera para siempre, quién me impediría ser feliz, ser libre, quién osaría no dejarme vivir?

Fue entonces cuando decidí dormir y dormir, dormir sin despertar, dormir para soñar, dormir para ser feliz.

Pero como todo humano me despertaba, me despertaba siempre y volvía a mi realidad, a mi rutinaria e infeliz vida. Siempre volvía al punto de partida, nunca jamás conseguía ser feliz eternamente.

Lo intentaba y lo intentaba y no podía conseguir el grado de placer que adquiría soñando, en una vida amarga, en una vida sin aspiraciones, en una vida que cualquiera hubiera despreciado por el mero hecho de ser vida, por el



hecho de ser rutinaria y simple vida, una más, una entre el montón de vidas que hay.

Intenté mucho antes de todo esto ser feliz sin soñar y fracasé, me di cuenta de que nunca jamás podría alcanzar el grado de felicidad que deseaba y, por eso, me dediqué a los sueños.

Antes de intentar dormir para siempre deseaba despertar para ver si mi sueño se había hecho real, para ver si podía extrapolar la felicidad de mis felices y extraordinarios sueños al mundo inteligible. Me di cuenta de que era imposible y, por eso mismo, decidí dormir eternamente. Pero... lo que uno decide no siempre se cumple y, en mi caso, no lo conseguí, por lo que continué siendo un infeliz.

Pero y he aquí lo asombroso de la historia que narro: un día soñé que no era feliz, que era un desdichado, que mi vida no valía nada, lo que ustedes llaman pesadilla. Tuve una pesadilla en la que yo no importaba, en la que yo no era nada ni nadie y en la que mi ser era despreciado por el hecho de ser.

¡Qué mal lo pasé! Peor que en mi vida real. ¡Los sueños, mis aliados, mi fuente de felicidad, me habían traicionado! No sólo eso me habían humillado y despreciado, con lo que yo los deseaba los cuidaba y los adoraba ¡No podía ser!





Y desperté, desperté de mi pesadilla, de mis temores, desperté de aquello que me había acongojado tanto que no me dejaba respirar ni siquiera estando despierto.

Fue entonces y sólo entonces, cuando comprendí que la felicidad no se hallaba en los sueños, sino en mi vida, en la vida misma que debía ser feliz por mí y no por un mundo ficticio que, en esta ocasión, me había hecho pasarlo tan, tan, tan mal.

Y fue en ese momento cuando me di cuenta de que era feliz.



SUEÑO EN COMÚN

José Ballesta Aznar. 17 años.

Aula Hospitalaria "Santa M^a del Rosell", Cartagena.

Sábado por la madrugada, las cuatro ya han pasado en la sala de espera de la U.C.I del Hospital "Sta. María del Rosell". Acaba de ingresar un joven de Mazarrón con un ataque de meningitis muy fuerte, su familia se estaciona allí junto a varias personas más, se respira un aire de inseguridad, miedo, cansancio, y un silencio aterrador permanece en la sala.

El silencio se rompe con un estornudo de una de las personas de la sala. Un simple "Jesús" le continua respondido por un "gracias". A partir de ahí parece que se intenta establecer una conversación entre dos de las personas allí reunidas.

- ¿Por qué está usted aquí?

- Mi mujer, un infarto. ¿Y usted?

- Mi primo está sufriendo un ataque de meningitis.



Ahí vuelve el silencio, no se sabe si debido al miedo, al tema o al respeto de la intimidad de cada uno. En la sala hay siete personas. Tres de ellas (María, Pedro y Noelia) esperando noticias sobre un joven ingresado por un ataque de meningitis. Dos (Jesús y Antonio) con una mujer ingresada por un infarto, y los dos restantes son marroquíes, no se sabe nada sobre ellos, simplemente están ahí.

María es de Mazarrón y es abuela del afectado por la meningitis. Su oficio es ama de casa y cuida de sus nietos por las mañanas y tardes. Es una mujer mayor que se conserva muy bien y es capaz de cuidar a sus nietos y atender las necesidades de su casa al mismo tiempo, y además, con creces. Es viuda desde hace ya bastantes años, ya sabe lo que es perder a un ser querido y ahora mismo solo tiene un sueño: volver a ver a su nieto bien junto a ella.

Pedro es de Mazarrón, es primo del ingresado, trabaja en el mundo de la maquinaria, es joven, él quiere mucho a su primo y siempre que le pasa algo o tiene algún problema siempre es el primero que está ahí junto a él para ayudarlo como haga falta. Su casa está a punto de ser terminada y tiene mucha ilusión, pero ahora mismo daría todo lo que fuera por volver a ver a su primo junto a él.

Noelia es de Mazarrón, la madre del joven de la meningitis. A ella se la nota muy triste, tiene la cara rara y está



muy baja de ánimos, parece afectarle mucho la decadencia que ha sufrido su hijo, se le nota que lo quiere mucho. Trabaja de manipuladora en un almacén del municipio, siempre está de disputas con su hijo pero es normal, lo ha cuidado ella sola sin ayuda de un padre. Pero ahora se siente culpable por no haber llevado al centro médico de la zona a su hijo cuando le dijo que se sentía muy mal y al rato quedó inconsciente. Pero ahora mismo a ella lo único que le devolvería una sonrisa a su cara sería ver a su hijo bien, incluso se cambiaría por él en estos momentos.

Jesús es el marido de Antonia, ingresada por un infarto. Son los dos muy jóvenes, son de Cartagena y tienen un bar en la zona del centro. Jesús no está nunca en su casa, y en el momento en el que su mujer sufrió el infarto, no estaba allí, por eso ahora se siente muy culpable, y está pensando en que si su mujer se muriera el también se quitaría la vida para poder estar junto a ella y ya no dejarla sola nunca más. Pero ahora daría todo lo que tiene en el mundo para que su mujer saliera bien de esa sala de cuidados intensivos: la U.C.I.

Antonio es el hijo de Antonia y Jesús. Tiene diecisiete años y acababa de llegar a casa cuando se encontró a su madre en pleno infarto. No sabía lo que hacer, pero supo reaccionar rápido y llamó a la ambulancia, que llegó en poco



tiempo. Él ahora mismo está traumatizado esas imágenes le van a marcar para el resto de su vida. Ahora mismo acaba de ser llamado por la psicóloga del hospital para intentar hablar un poco del tema y tranquilizarlo. Antonio le echa en cara a su padre que nunca está en casa y que al final ha tenido que ser él quien avisara a la ambulancia para recoger a su madre. Él, a pesar de estar en ese estado de trauma, también daría su vida por volver a ver a su madre bien y volver a ver junta a su familia.

Los dos marroquíes de la sala no hablan. Estaban allí los primeros y no han dicho ni una palabra, pero seguro que a ellos dos también les gustaría volver a ver bien a la persona que están esperando.

Siete personas diferentes, tres familias distintas, tres formas de vida diferentes, que coinciden en la sala de espera del hospital "Sta. María del Rosell" por motivos de la vida, se ven unidas por un sueño en común, el de poder volver a ver con vida a sus familiares.





EL SUEÑO DE MI VIDA

Paula Sofía Pérez Martín. 16 años.
Colegio Público "Hospital Niño Jesús", Madrid.

Estela no esperaba esa noticia, la sobresaltó de inmediato. Nunca podría haberse imaginado algo semejante.

Corrió al hospital empapada en lágrimas y a medio cambiar. Llevaba las zapatillas de felpa que usaba para andar por casa (regalo de su madre en su vigésimo cumpleaños), los vaqueros pitillo que le hacían una estupenda figura con una piernas sublimes sin ninguna imperfección; la verdad es que ella no podía quejarse de cuerpo, pues lo trabajaba continuamente yendo horas y horas al gimnasio. Vestía una camiseta color caqui que se compró el verano pasado en una tienda de Gandía, su pelo iba recogido con una coleta alta que parecía un látigo que atizaba el viento con cada movimiento de cabeza. Su aspecto era desaliñado, pero en estos momentos eso era lo que menos le importaba. Tenía que llegar lo antes posible al hospital.



Cruzó la puerta y al momento sintió un fuerte olor a ropa recién lavada. A pesar de que eran más de las doce de la noche, había una férrea actividad.

En administración le dijeron al momento el número de la habitación en la que se encontraba y, sin perder un segundo, Estela corrió hacia allí.

Abrió la puerta y allí le vio -¡José Luis, mi pobre José Luis!- pensó. . ¿Quién podría creer que una persona tan joven y con tanto futuro por delante iba a cometer tremenda estupidez? Nadie se lo hubiera imaginado jamás, ella se sentía en parte culpable del suceso. Si no le hubiera dejado el día anterior para irse con el monitor del gimnasio al que José Luis la apuntó, quizás aquello no hubiera ocurrido.

José Luis estaba tumbado, inconsciente, como una simple maceta, sin voz ni voto, lleno de cables y dormido, sobre todo dormido, probablemente fuera un sueño del que nunca despertaría. De todos modos Estela sabía que saldría del coma aunque el pronóstico del médico no era del todo bueno; había ingerido muchos tóxicos y seguramente no viviría lo bastante como para rehacer su vida.

Al día siguiente Estela regresó al hospital, y al siguiente, y al siguiente... Prácticamente ella era su única visita a excepción de dos amigos de la infancia que habían venido



desde Barcelona sólo para verle; sin embargo no podrían quedarse en Madrid mucho tiempo ya que eran hombres de negocios muy atareados a los que únicamente les importaba engordar más y más la cartera y habían venido no por afecto, sino por obligación.

Los padres de José Luis estaban divorciados desde que él tenía tres años. Nunca había existido una buena relación entre ellos, lo suyo fue un matrimonio concertado producto de unos padres chapados a la antigua. José Luis pidió el contacto con su padre. La última vez que supo algo de él fue hacía cuatro años cuando se lo encontró en unos grandes almacenes junto con una mujer diez años menor que él y unos niños rubios que parecían angelitos caídos del cielo. Pero en esos momentos José no se atrevió o no fue capaz de decirle nada e intentó olvidar el episodio. Su madre rondaba ya los sesenta y cinco años y vivía en Madrid en un barrio cercano al de su hijo por lo que la relación con ella era buena; sin embargo no fue capaz de ir a visitarle al hospital, no soportaría verle en ese estado tan lamentable, sin razón.

Estela todos los días le leía un libro diferente, porque sabía que a él le encantaba leer, y le hablaba largas horas. Ella quería creer que la escuchaba pero en el fondo sabía que no era cierto; pero a pesar de todo no cesó de ir a



verle, ansiosa de que despertase en algún momento para poder abrazarle y sentir su calor.

José Luis tenía una sensación extraña, como si no fuera él, como si flotase y todo fuera una pompa de jabón que de un momento a otro reventaría.

Se encontraba en medio de un bosque repleto de frondosos árboles, con unos troncos gigantes y unas copas que rozaban el cielo. Sus hojas eran tan verdes como el trigo y sus ramas se entrelazaban con el resto de los árboles. La hierba húmeda le hacía cosquillas en la planta desnuda de sus pies, apenas podía divisar otra cosa que no fueran los troncos de los árboles. Llevaba únicamente una camiseta tres tallas mayores que le caía desde los hombros y le daba una apariencia de suciedad, y unos vaqueros anchos y desgastados. No tenía frío, a pesar de que corría una ligera brisa que refrescaba.

José Luis observaba el idílico paisaje perplejo, no sabía ni donde estaba ni que hacía allí, se derrumbó y cayó al suelo. De repente escuchó un bello canto que se hacía más fuerte poco a poco. Parecía la voz de una sirena que había salido del mar para sorprender con sus dotes a la humanidad. José se quedó inmóvil escuchando; al momento apareció delante de él la cantante. Era una hermosa muchacha de apenas veinte años, tenía unas facciones que recordaban a



las damas de la antigua Grecia, sus ojos eran de color azul aguado y su pelo dorado ligeramente ondulado lo balanceaba el viento; iba vestida con una toga palabra de honor color verde azulado que le cubría los pies y en el brazo llevaba un brazalete dorado. La joven se le acercó con una amplia sonrisa y le dijo con su voz melodiosa:

-Hola José, probablemente no me conozcas pero yo a ti sí, soy la ninfa de este bosque y te estaba esperando.

- ¿Qué? -dijo José extrañado- ¿Esto es una broma? Seguro que estoy soñando, esto no puede ser real. Si lo es, por favor ayúdame a salir de aquí, necesito volver al mundo real.

- ¿Para qué? Si aquí se está mejor, el mundo exterior es un asco y tú lo sabes mejor que nadie, de hecho tú has intentado salir de él ¿no?

-No te entiendo, explícate.

-Sé que has intentado suicidarte, y has hecho bien. Así podrás venir conmigo.

- ¿Estoy muerto?

- No, solo soñando.

- ¿Cómo lo sabes?

- Porque yo lo observo todo, veo las cosas que hacéis los seres vivos y mi trabajo es acompañar a las personas, animales, etc. a los que les ha llegado la hora, como a ti. Tú ya has acabado tu ciclo en la Tierra por propia voluntad. Y nada te une a ella. Tu vida anterior era lamentable, no tenías nada, lo mejor que has podido hacer es finalizarla, ahora acompáñame y te enseñaré tu nuevo hogar.

-Espera un momento, no estoy seguro de querer morir.

-¿Por qué? Si en tu vida no tenías nada por lo que luchar, no seas tonto y ven conmigo, de una vez.

-Pero...

- ¿Pero qué? Me estás cansando y mi tiempo se acaba, no puedo dedicártelo todo a tí, piénsatelo (aunque no hay nada que pensar) y vendré más tarde por una respuesta. A propósito, si viene una vieja no le hagas caso, que sólo te intentará liar para que te vayas con ella.

José Luis asintió temeroso de que la iracunda joven se enfadase, la vio alejarse lentamente con un andar ligero y elegante. No se podía explicar como una muchacha tan hermosa pudiera ser tan autoritaria, pero lo que le había dicho le había llegado al corazón, quizás tuviese razón y no merecía la pena vivir más, a lo mejor era simplemente un estorbo en el mundo. José Luis se desplomó y se sentó a la



sombra de un árbol. Mientras jugaba con un palito, recapacitaba sobre lo que le había dicho la ninfa; sin embargo no estaba del todo seguro. En estos momentos no tenía nada, estaba sin novia, sin trabajo, a punto de quedarse sin casa por culpa de las deudas atrasadas, pero le aterraba la idea de abandonar a su madre, la pobre había sufrido tanto... Luis se encontraba en una encrucijada y su cabeza era un hervidero de ideas, no era capaz de decidirse, estaba a punto de tirar la toalla.

Por arte de magia apareció delante de sus ojos una anciana. La mujer medía metro y medio de estatura, estaba encorvada, tenía una joroba que recordaba a la de los dromedarios, ojos color miel achinados, nariz judía coronada por una gran verruga, boca de piñón con unos finísimos labios, orejas de soplillo y una piel tan arrugada y áspera que parecía un estropajo. Poseía una melena que le llegaba a la altura de los hombros en la que se podían ver tantas canas como calvas; llevaba una ropa harapienta y sucia, tenía un aspecto aterrador que a José Luis le llamó mucho la atención y le asustó.

El joven recordó al instante que se trataba de la vieja que mencionó anteriormente la ninfa y le dijo:



-Ya sé a lo que viene.

- ¿Ah sí...? -preguntó con una voz fuerte y grave.

- Sí, viene a llevarme con usted, pero no lo logrará, sé lo que pretende y no me fío.

- Creo que ha estado aquí antes mi amiga la ninfa- dijo con tono irónico- y me imagino lo que te habrá dicho. Y bien ¿Qué has decidido?

José Luis se quedó ensimismado, aquello cada vez era más raro y el pobre no sabía que decir.

-Bueno no importa -dijo la anciana- supongo que sabes lo que representa la ninfa y no habrás sido tan necio de hacerle caso... ¿De verdad crees que no sirves para nada?

-Bueno, yo...

- Por favor, tienes mucho por lo que vivir, tu madre, tus amigos, tu futuro, y sobre todo por tí: eres muy joven y te queda mucho camino, no lo desperdicies de ese modo, ven conmigo y serás feliz de nuevo. Yo te enseñaré lo verdaderamente importante de la vida.

José Luis parecía convencido, ¿por que no seguir luchando? Era estúpido dejarse vencer. Iba a cogerle la mano a la anciana, cuando alguien le empujó y le tiró al suelo.



-¿Qué crees que haces?- le dijo la ninfa a la anciana- no te lo llevarás, me pertenece.

-No es posesión de nadie. Él es libre de elegir y me ha escogido a mí.

Mientras tanto José miraba asombrado a las dos mujeres que discutían sin parar como si fueran dos perros hambrientos. Sabía que todo dependía de él y no quería continuar en ese lugar, así que rápidamente le agarró la mano a la anciana, y de repente sintió un intenso cosquilleo en el estómago y fuertes relámpagos en su cabeza.

En el hospital todo seguía tranquilo, Estela se encontraba sentada en una silla mientras leía una revista y de reojo veía a José. Entonces la joven pareció observar que Luis se movía, no estaba segura, así que se acercó rápidamente y observó que el muchacho abría poco a poco los ojos, Estela llamó a los doctores y éstos dijeron que se trataba de un milagro. José Luis había despertado de su sueño y regresado a la vida.





MIS SUEÑOS SON MIS MIEDOS

Laura pareja Martos. 17 años.
Aula Hospitalaria de Albacete.

La hoja cayó muy lentamente y se posó sobre la cubierta de hojas otoñales que se encontraba bajo mis pies. Alcé la vista y un rayo de sol me deslumbró los ojos y tuve que entornarlos. A pesar de ello, no desistí de mirar a mi alrededor. Todos los árboles tenían sus ramas secas y quebradas y sus hojas planeaban casi estáticas hasta tocar el suelo. No había ni la más leve brisa. No sonaba ni el más mínimo aleteo ni cantar de las aves, excepto un lejano bureo de una paloma.

Miré a mis pies y estaban cubiertos de hojarasca. A mi alrededor todo estaba solitario. Sólo yo y la naturaleza. Giré la cabeza para ver lo que se encontraba detrás de mí, y nada, todo eran árboles solitarios y hojas cayendo hasta formar un manto. Sólo se oía el silencio. En esa tranquilidad absoluta y tenebrosa me senté en el suelo y el miedo me inundó la cabeza con ideas estrafalarias.



Todo mi cuerpo temblaba a causa de mis miedos. Decidí levantarme para buscar ayuda. Además de los temblores, sentí un pequeño mareo. Todo daba vueltas a mi alrededor. La desesperación me estaba inundando. Empecé a correr hacia ningún lugar. Corría y corría cada vez más rápido. Unas finas y ligeras lágrimas empezaron a caer de mis ojos. Yo seguía corriendo sin dirección.

De repente me paré en seco e intenté detectar de dónde venía ese atronador sonido de la paloma, pero me era imposible. Con los ojos llorosos empecé a dar vueltas sobre el punto donde estaba en busca de la paloma.

Entonces ocurrió que mientras intentaba rastrearla, dejó de emitir sonidos. En ese momento se hizo tal la desesperación que chillé tan fuerte como mis cuerdas vocales me permitieron y caí al suelo de espaldas. El terror me acababa de dejar atónita. El silencio me estaba volviendo loca.

Cerré los ojos, no quería despertar, pero sentí la necesidad de abrirlos. Cuando me dispuse a hacerlo, miré mi ambiente y descubrí que me encontraba en medio de un laberinto de ramajes negros. En el suelo, restos de sangre ya renegridos que me produjeron una sensación irritante.

Miré hacia el cielo y estaba tormentoso, con nubes negras y violáceas y amenazantes de tormenta de fuego.



Muy agitada, me dispuse a buscar la salida. Era una agitación tan potente que hasta las puntas de mis dedos me temblaban.

Mientras corría por el laberinto miraba hacia el suelo y la sangre que allí se encontraba ya estaba arraigada al mullido suelo. Sin darme cuenta, me aproximé a una gran pirámide de roca, con la cual choqué.

El golpe fue tan grande que caí exhausta al suelo. Todo mi cuerpo vibraba a causa del golpe. El impacto fue tan rotundo que mi imaginación me llevó a pensar en un sueño que había tenido anteriormente, pero abrí los ojos y ese sueño se estaba volviendo a realizar. Unos mosquitos gigantes me estaban siguiendo para matarme. Yo corría muy aterrorizada hasta que alguien me sujetó y me despertó, pero volví a cerrar los ojos. Después de un gran rato, volví a entreabrir los ojos y me encontraba en una cueva oscura.

Tras un largo rato, me levanté y me aproximé hacia una laguna llameante que se encontraba cercana a mi cuerpo. Me senté a su lado para verla y de mis ojos cayeron un par de lágrimas y un sudor frío resbaló por mi frente.

Miré a mi izquierda y divisé una estaca muy próxima a donde me encontraba. La miré durante unos segundos y la cogí. Dudé qué hacer con ella, ya que era lo único que



tenía a mi alcance. Podía usarla para alumbrarme o para golpearme hasta perder el sentido. Tenía que tomar una decisión. Cogí la estaca y metí su punta en la laguna para que se incendiara y alumbrara mi camino. Lentamente me levanté y emprendí mi viaje para descubrir qué había en la tenebrosa y oscura cueva.

Después de deambular durante largo tiempo, no había encontrado nada, ninguna salida. Al final, llegué a un lugar de la cueva con forma circular en cuyo centro se hallaba una calavera. La observé con muchísimo detenimiento un largo rato. De sus ojos salían lágrimas de sangre. Esto no me asustó. La curiosidad me hizo dejar la antorcha en el suelo y cogí la calavera con las manos y la sostuve a veinticinco centímetros de mi cuerpo. Miré el chorro de sus lágrimas de sangre. Éstas estaban impregnando mi ropa.

Observé mi cuerpo e iba vestida completamente de blanco, de un blanco resplandeciente, y fue entonces cuando me di cuenta de que mis manos iban revestidas de unos finos y delicados guantes de seda blanca. Llevaba el bordado de la silueta de una paloma en la palma de las manos.

Volví la vista a la calavera que sostenía con cuidado en mis manos. Dentro de ésta papel vi un que no me atrevía a coger. Tras un breve momento, con decisión, metí la mano dentro y cogí el papel.





Posé la calavera en el suelo y dejé un buen rato el papel en mi palma hasta que decidiera abrirlo. Cuando lo hice, me dispuse a leer su contenido. En el pequeño papel ponía: 'la muerte te acecha, te vigila. Nunca mires atrás'. El terror se apoderó de mí rápidamente. Tiré el papel, cogí el asta de fuego y eché a correr despavorida y sin mirar atrás.

Un tiempo después, encontré la laguna de fuego inicial. Me paré en seco mientras hiperventilaba. Unas cuantas lágrimas frías salieron de mis atónitos ojos, pero enseguida recobré la compostura. Me entró una rabia que inundó todo mi cuerpo. La descargué o al menos lo intenté, tirando el asta a la laguna con una brutal fuerza, hasta que desapareció entre las llamas.

Suspiré intensamente, me senté al borde de la laguna y quise tocar el fuego. Lentamente acerqué mi mano para calmar la necesidad de tocarlo. Cuál fue mi sorpresa al ver que no me quemaba. Cada vez fui metiendo más partes de mi cuerpo hasta que me encontré sumergida en la sedosa laguna.

En un ataque de histeria me tiré al final del lago. No quería saber lo que pasaría después. Un intenso dolor de cabeza me hizo abrir los ojos y vi un cielo que amenazaba tormenta de fuego. Un segundo... eso me sonaba. Me levanté rápidamente y me encontraba enfrente de la pirámide del laberinto.



Al observar la roca vi una inscripción que decía: 'No tienes salida, estás atrapada'. Asustada, miré a todos lados. Sólo tenía dos caminos donde elegir en el laberinto. Los dos oscuros y tenebrosos. Debía elegir derecha o izquierda. Me volví a la piedra y una vez más leí las palabras: 'No tienes salida, estás atrapada'. Tenía que decidir, pero en la roca decía que no tenía salida. No merecía la pena, no podía escapar. Frente a los dos caminos me sentí extremadamente agobiada por no saber qué hacer, hasta que me decidí por uno de ellos. Andando por él estaba todo muy oscuro, incluso estaba rodeada por los negros ramajes encima de mi cabeza, pero dejaban pasar la luz roja lo suficiente como para poder atravesar el camino. Poco a poco se convirtió en un largo túnel sin salida y sin iluminación. Sólo me guiaba el tacto de mis manos sobre las irritantes hojas en mi camino. Al cabo de andar un rato me paré en seco. No tenía sentido seguir andando, el camino no me estaba llevando a ninguna parte. Quizás me había equivocado y debía haber elegido el otro.

Suspiré. Cogí aire profundamente y seguí caminando con un rumbo inexacto y un paradero desconocido. Cuando estaba ya muy cansada de caminar, divisé a lo lejos una claridad al final del túnel. Me apresuré para alcanzarla mientras en mi rostro se mostraba como una sonrisa forzada y unos ojos entornados. Al llegar, me encontré a quince centíme-



tros de la orilla de un barranco sin fondo y frente a un vacío infinito. Por lo que pude apreciar en la parte superior, me encontraba bajo agua. Se veía un ligero oleaje perturbante. Todo a mi alrededor era de color naranja, incluso el agua que se encontraba en forma de cielo. No tenía alternativa, no había vuelta atrás. No había escapatoria, así que sin ningún miedo ni temor y muy fríamente, salté al barranco. La caída era interminable. Sentía como un oleaje en mi cuerpo, pero no estaba en un medio acuático, sólo caía cada vez más abajo a una velocidad estruendosa. Cerré los ojos hasta que perdí el conocimiento.

Al recuperar la conciencia me sentí muy relajada y ligera como una suave brisa. Estaba tumbada y con los ojos cerrados, pero, como es de esperar, no quería saber en qué lugar me encontraba, ni a qué me tenía que enfrentar ahora, ni qué horrorosas sensaciones me disponía a experimentar. Volví a suspirar, pero esta vez muy suavemente. Sentía en mi cuerpo una absoluta relajación de la que temía salir, pero, quizás en ese momento podría estar en una situación de peligro y muy a mi pesar abrí los ojos muy lentamente. Una luz me hizo volver a entornarlos. Eran unos rayos de sol que se encontrecortaban entre los secos ramajes de mi alrededor.



que solitario. No tenía fuerzas para levantarme y me quedé durante un largo periodo de tiempo tumbada bocarriba. No creía que pudiera encontrarme en peligro, así que descansé. Me encontraba muy cansada.

De repente, un sonido me hizo incorporarme rápidamente. Era la paloma. Me estaba llamando. Me levanté con la intención de buscarla nuevamente, pero el sonido provenía de todos lados y se distorsionaba en el vacío. No había manera de dirigirse en un sentido o en otro. Divisé cerca de mí un pequeño y estrecho sendero de viejas y planas piedras. Dudé nuevamente si seguirlo. Quizás me proporcionara una salida o me guiara a otro lugar terrorífico o dañino para mí.

Una sensación de ánimo y entusiasmo me hizo acercarme al sendero y empezar a caminar sobre él, siguiendo la dirección que me indicaba. La paloma me estaba llamando, tenía que verla, necesitaba saber lo que me quería decir. Esto hizo que cada vez anduviese más deprisa. Me angustié. Tenía miedo de mirar lo que se hallaba enfrente de mí.

Muy despacio empecé a subir la mirada. Los árboles del lugar formaban una especie de círculo en cuyo centro se hallaba una roca bastante pulida y cuadrada. Era bastante pequeña, calculé medio metro de alta. Me acerqué para verla mejor y ver lo que ocurriría a continuación y me quedé



paralizada delante de ella. Me di cuenta de que tenía una inscripción en un lateral. Me agaché para leerlo aunque con el temor de lo que esas palabras podían contener. A pesar de ello y mi enorme cansancio físico, abrí los ojos todo lo que pude y leí lo que estaba escrito en la roca. Ponía: 'Nunca esperes ayuda, nunca te será dada'.

Pensé en la nueva frase durante un buen rato hasta que un aleteo interrumpió mis decadentes pensamientos. Miré hacia arriba y descubrí a una paloma blanca como la nieve recién caída que descendía a la roca y se posó en ella. Resplandecía como el sol sobre la espesa nieve.

La observé durante varios minutos. Me evocaba la misma sensación que produce un tranquilo atardecer sentado en la playa y oyendo el oleaje de fondo, de forma armónica. Entre las ramas de los árboles se descubría un pequeño pero intenso rayo de sol, que era absorbido por el plumaje de la pacífica ave. Estaba llena de energía, muy viva y jovial. Se encontraba prácticamente inmóvil en la roca.

No me percaté hasta mucho después, de que en su pico había traído un papel de pequeño tamaño y que lo había depositado en la piedra. ¿La leería? Las anteriores citas me habían hecho daño, pero quizás ésta me diera la pista para salir de allí. Para que no se asustara la paloma, acerqué mi mano hacia el papel, el cual cogí muy lentamente.



Seguí mirando a la paloma con el papel ahora fuertemente asido en mi puño para no perderlo. Un pequeño nerviosismo sentí cuando abrí el puño y vi que el papel se encontraba en mi palma. Tremendamente asustada empecé a abrirlo y a continuación a leerlo con detenimiento. 'No tengas miedo. Siempre encontrarás la salida. La ayuda te será dada cuando la busques'

En mis labios se formó una inmensa sonrisa. Fui a acariciar a la paloma en forma de agradecimiento por haberme proporcionado esas palabras de aliento. Me había dado la calma y serenidad que estaba buscando y anhelando. Apenas toqué su sedoso y esponjoso plumaje, echó a volar suavemente hacia el cielo. La observé hasta que la perdí de vista.

Empezaron a caer finas gotas de agua templada en forma de lluvia, pero el sol lucía un esplendor sobrecogedor. Muy feliz me subí a la roca y abrí los brazos para recibir el agua y miré hacia arriba. Empecé a dar vueltas encima de la roca, ahora riendo muy intensamente.

Había encontrado el final de mis problemas. Sabía que la paloma siempre estaría conmigo cuando la necesitara.

Estos tipos de sueños suelen ser evocados o producidos por nuestros problemas o miedos interiores. Es muy intere-

sante analizar los sueños, entre otras cosas, por la cantidad de información emocional y cerebral que expresan.

Aunque como dijo nuestro amigo Calderón de la Barca:
'LA VIDA ES SUEÑO Y LOS SUEÑOS, SUEÑOS SON'.



Comunidad autónoma de Aragón

Marta Lorda Cabos. Aula Hospitalaria del H. Clínico Zaragoza.	111
--	-----

Comunidad autónoma de Asturias

Óscar Ruisánchez Fernández. Aula Hospitalaria de Cabueñes.	81
José Pérez Menéndez. Aula Hospitalaria del H.U. Central de Asturias.	92

Comunidad autónoma de Castilla La Mancha

Nuria María Montero Torralba. Aula Hospitalaria de Albacete.	88
Laura pareja Martos. Aula Hospitalaria de Albacete.	157

Comunidad autónoma de Castilla y León

Ania García Sanz Aula Hospitalaria del H. Clínico Universitario Valladolid.	13
Sergio Somoza Cabrera. Aula Hospitalaria del H. Clínico de Valladolid.	57



Comunidad autónoma de Cataluña

Cecilia-Susana Solé Gil. Aula Hospitalaria de la Corporació Parc Taulí de Sabadell.	29
Ada Soler Llorens. Aula Hospitalaria Clínic. Barcelona.	100

Comunidad autónoma de Madrid

Sergio Gómez Derato. Aula Hospitalaria del H. de Fuenlabrada.	35
Beatriz de la Puente Garrido. Aula Hospitalaria "Ramón y Cajal" Madrid.	60
María José Pereira Arboleda. Aula Hospitalaria del H. de Fuenlabrada.	84
Carmen Robles Macho. Aula Hospitalaria de Fuenlabrada.	96
Francisco Mayor Maestre, Colegio Público "Hospital Niño Jesús" Madrid.	137

Comunidad autónoma de la Región de Murcia

Paula Gordillo Collado. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	20
Natacha Hernández Araujo. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	22



Paula Pérez Noguera. Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca" Murcia.....	24
Daniel Mendoza Martínez. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	32
Marina López García. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	38
Paola Sánchez Font. Aula Hospitalaria "Reina Sofía" Murcia.....	52
Henry Joao Silva Freire. Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca" Murcia.....	64
Ainhoa Galindo Villaescusa. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	72
Lorena Valverde Montiel. Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca" Murcia.....	120
Ángel Caravaca Sánchez. Aula Hospitalaria "Virgen de la Arrixaca" Murcia.....	125
Victoria Paredes. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	127
José Ballesta Aznar. Aula Hospitalaria "Santa M ^a del Rosell" Cartagena.	142

Paula Sofía Pérez Martín.
Colegio Público “Hospital Niño Jesús”
Madrid.....147

Comunidad autónoma de Valencia

Sara Alcalde Julián.
Unidad Pedagógica del Hospital Infantil La Fe
Valencia.....48



